

De las Damas



Tres trajes de paseo para mañana, mediodía y tarde.

Consultas de las Damas

SRA. EMMA.—Gutiérrez Zamora.—Celebro sinceramente que mis humildes consejos acerca del ahorro, le hayan parecido juiciosos, y al llevarlos á la práctica le estén produciendo buenos resultados.

Como supongo que sus ahorros son pequeñas cantidades que puede vd. retirar del presupuesto de sus gastos, creo que la institución que más le conviene á vd. para depositarlas, es la Caja de Ahorros del Nacional Monte de Piedad, tanto por la firmeza de la Institución y el buen crédito de que disfruta, como porque admite depósitos desde un peso en adelante.

Además, ofrece estas ventajas: puede vd. retirar sus fondos total ó parcialmente á la hora que lo desee, y se abona sobre la cantidad depositada un corto interés, que no estoy segura si es el 2 ó el 3 por ciento anual.

Si sus ahorros alcanzan sumas respetables, puede vd. depositarlos en cual-

quiera de los Bancos fuertes que tienen sucursal en Veracruz.

SARA.—Para vd., especialmente, publico en este número una bonita colección de boas de gaza, cuellos y fichus que están muy de moda. Puede vd. confeccionarlos personalmente, lo cual le producirá una economía y le permitirá que el atavío quede enteramente á su gusto.

MARGARITA.—Ya ni en la tanda, ni en el drama, es bien visto que las señoras lleven sombrero á las butacas. La mayoría de las señoras, que con justicia temen pescar un resfriado al salir del teatro, si llevan sombrero, se lo quitan durante la representación ó van provistas de abrigo apropiado.

A propósito, he visto en el pórtico del Renacimiento, preciosas salicás de teatro, de corte largo que casi llega hasta la orla del vestido y que llevan unida al cuello una graciosa capucha ó cofia para abrigar la cabeza.

No deje vd. de conocer á la Mariani Es admirable.

SOFIA.—Ya se hacen ampliaciones hasta de tamaño natural; pero como en

esa operación siempre pierde bastante el parecido, procure vd. que el ejemplar fotográfico que sirva para la reproducción sea perfecto. Si es malo, es preferible que no lo mande ampliar.

Berta.

LA ALONDRA.

Quando la rubia aurora,
vertiendo en perlas matinal rocío,
con áurea luz colora
el firmamento umbrío,
el árduo monte y apacible río,

á la celeste altura
tu fácil vuelo con placer levantas,
y un himno de ternura,
cuanto más te adelantas,
el sol que nace misteriosa cantas.

Quando al morir el día
de fuego tñe la silvestre cumbre,
la que el ocaso envía

confusa muchedumbre
de tristes rayos de espirante lumbre,

en el viento bogando,
subes y subes hasta el cielo hermoso,
para entonar con blando
concento melodioso
al sol que muere canto misterioso.

Tras del obscuro invierno
torna vertiendo amor la primavera;
y tú, en afán eterno,
¡oh avecilla hechicera!
solitaria al sol cantas, raye ó muera.

¿Porqué unirte no quieres
al coro de las aves tus hermanas,
y en soledad prefieres
con cláusulas galanas
cantar al sol en tardes y mañanas?

¡Ah! Porque te asemejas
al alma justa en el ingrato suelo,
Cual tú la tierra dejas,
ella con rauda vuelo
para cantar á Dios asciende al cielo.

Antonio Arnao.



Traje de mañana propio para paseo campestre



Trajes de tarde para recibir.

La toilette y la coquetería.

Hay una cosa que siempre nos ha llamado la atención de las mujeres inteligentes: su coquetería, su amor exagerado por su "toilette." Este defecto en una mujer, tiene resultados funestos, trae consigo gastos enormes, y como estos gastos tienen que ser cada

vez más frecuentes, el disgusto invade bien pronto el hogar, á pesar del trabajo del marido. Los amigos de la casa se admiran del cambio habido en el hogar, los padres de los esposos se desesperan, y todo el mundo trata de inquirir la causa de una ruina, que nadie presentía, porque el marido tenía una buena profesión, que lo ayudaba á vivir holgadamente, y además, ambos esposos son inteligentes... Pre-

guntad á la madre de familia la causa de la ruina de su casa, ella sólo podrá responderos, pues no hay otra causa que su propia coquetería.

No puede ver un vestido "última moda," sin desearlo, no puede dejar de comprar las telas "novedad," etc., etc., y naturalmente, gasta enormes sumas en satisfacer sus gustos frívolos é irreflexivos.

No puede uno menos de experimen-

tar un sentimiento de tristeza, cuando se piensa que un moño, una cinta, una tela, ó la forma de algún sombrero, constituyen el asunto de mayor interés para ciertas mujeres, y que pierden una gran parte de su vida, en tales futilidades y bagatelas.

Si las señoritas, más bien si todas las mujeres en general se persuadieran que la belleza y la gracia son enteramente independientes de la "toilette," adoptarían siempre alguna que fuera bien sencilla, cosa que no impide que sea elegante y de buen gusto. Un buen cuerpo, unas formas correctas, ofrecen mucho más encanto por sí mismas, sin que haya necesidad de buscar adornos pesados y costosos.

Las mujeres se equivocan enormemente cuando creen hacerse adivinar por sus vestidos ó adornos. Si la pluma de su sombrero es hermosa, si el corte de la falda es gracioso, la admiración recae naturalmente en el pájaro á quien quitaron la pluma y en la modista autora de la falda. Las mujeres que se creen obligadas á recurrir á las seducciones de la moda y de la "toilette," para en la calle ó diversiones producir una impresión favorable, dan un testimonio de lo vacío de su cerebro, y dan una muestra tan clara de sus sentimientos.

Jamás tratéis de que una "toilette" exagerada os atraiga la estimación general, ella no hará más que hacer que se os juzgue muy desfavorablemente.

Un día de paseo, viajábamos en un tren varios amigos. En una de las estaciones del camino de fierro, una señorita de dieciocho á veinte años, tomó asiento á nuestro lado. Portaba una "toilette" magnífica, y como es natural, durante algunos instantes quedamos sorprendidos, por la "toilette" se entiende.

Al poco rato, nuestra vecina cambió algunas palabras con nosotros, é inmediatamente pudimos notar que su educación no correspondía al traje que llevaba.



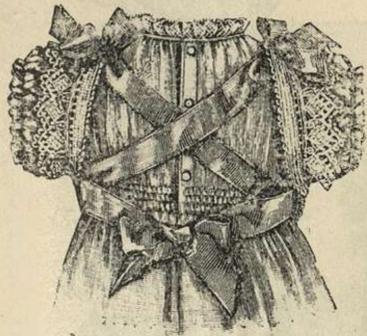
Bata entallada para interior.



Trajes de colegio para niñas de 12 años.

Primera desilusión. Por la conversación entablada, tuvimos conocimiento de que nuestra compañera de viaje era una costurera, y que se dirigía á la casa de uno de sus parientes, pues iba á ser madrina en un bautizo. Segunda desilusión, que nos obligó á cambiar entre nos una sonrisa irónica. Pero esto no fué porque la señorita en cuestión fuer costurera, porque todos los oficios son honrosos, cuando se conduce un bien en ellos, sino porque su traje todo no estaba en relación con sus recursos, era una verdadera "toilette" de duquesa.....

Para el asunto de vestidos, es ne-



Modelo de tirantes para bebé

cesario no apartarse de las reglas siguientes: Vestirse según su edad y según su posición.

Una mujer de buen sentido, sigue la moda, pero sin tratar de exagerar a, y sin tratar de propasarla, de manera que no sea ni excéntrica ni ridícula. La divisa de toda mujer de buen sentido, debe ser ésta: buen gusto y sencillez en sus vestidos, lo que no quita absolutamente la elegancia.

Una palabra más. No es raro ver en la noche señoras vestidas con mucha coquetería, y á la mañana siguiente verlas muy mal arregladas; despeinadas, con bata sucia, mal prendida, etc., etc. Si por alguna casualidad se presenta en la casa alguna persona para el arreglo de asuntos urgentes, no se atreven, como es natural, á presentarse ante aquella persona, tienen que dar excusas ó negarse. Esto es de muy mal efecto.

La mujer debe peinarse muy de mañana, y para estar dentro de casa, debe adoptar un vestido sencillo, pero limpio y bien arreglado.

El orden y el desorden.

El orden tiene tres ventajas: ejercita la memoria, ocupa el tiempo, y conserva las cosas. El desorden tiene tres inconvenientes: el aburrimiento, la impaciencia y la pérdida de tiempo. El orden tiene tres esclavos: la voluntad, el cuidado y la dirección.—El desorden tiene tres amos: la precipitación, la pereza y el atolondramiento.

¡Quién no ha visto, en alguna visita hecha de mañana, el extraño contraste que presentan á menudo dos hermanas!

Una de ellas, levantada desde muy temprano, ha hecho ya su "toilette," arreglado su recámara, limpiado sus muebles, y en fin, tiene listos esa multitud de pequeños quehaceres domésticos obligatorios á toda señorita.

Se ha peinado y rizado con gracia, sus carrillos están aún húmedos por el agua con que se lavó, en el tinte sonrosado de sus uñas, en la blancura de su peinado recién planchado, en sus medias bien recogidas, en sus botas limpias, hay como un perfume de limpieza, es como la flor de la salud, que tiene un atractivo irresistible.

Su hermana, despertada al mismo tiempo, no ha tenido valor de abandonar el lecho. Ha saboreado al principio el sueño de la noche anterior, seguido de ese encamorramiento que hace la cabeza pesada y la actitud imposible. Por fin, se resigna á levantarse, bosteza, alarga los brazos con una pereza especial. Queda inmóvil, sin tener el valor de vestirse. El contacto del agua le repugna, y aplaza el momento de hacer su "toilette." Se pone con desgano las medias sin sujetarlas, no se abotona las botas, y por fin, se pone una falda mal abrochada.

Llega la hora del desayuno, y no está peinada, ni rizada, ni vestida propiamente.



Traje de paseo matinal.

Se ve obligada á recogerse los cabellos con una cinta, y á cubrir sus brazos y espalda, con algún abrigo que encuentra al acaso en su armario, y en esta "toilette" ridícula, va á la mesa, arrastrando tras sí una atmósfera mal sana y de desorden.



Abrigo última novedad y bata suelta para campo.

Este contraste entre estas dos señoritas, no existe solamente en la "toilette," y en el aspecto de su persona, se encontrará también en sus habitaciones y en todos los más pequeños detalles de su vida.

Deja que parta; emprendo mi camino Sin maldecir el duelo que me aqueja: Más sabios que nos otros, el destino Que hasta ti me llevó, de ti me aleja.

Protector es quizás de mi ventura Cuando se opone el temerario empeño

ET NUNC ET SEMPER.

¡Siempre! No digas eso, es imposible; Te engaña el corazón, otra es la vida, Porque la ley del tiempo es inflexible Y el que más ha querido más ovióla. Es muy triste, lo sé; y acaso ignores Que aprendí la vida en el empuje Que el término fatal de los amores, Cuando no es el suspiro, es el bostezo. Pensando en tí la saciedad me espanta: ¡Los nudos de tu maro lacios y flojos! Antes quiero el sollozo en mi garganta Y el lloro desbordándose en tus ojos.



Espalda de traje de calle.

De convertir en realidad impura El casto amor que acarició tu sueño. He sido ya feliz; en mi memoria Tu recuerdo será sostén y auxilio: Has escrito una página en mi historia Con la tinta de rosas del idilio.

Una señora muy indiscreta pregunta á un caballero: —¿Qué edad me echa usted? —Cuando guarda silencio, 40 años; cuando habla, 10.

Tan lejos aquél de mí... tan cerca como á éste tengo... el que está cerca ¡qué lejos! el que está lejos ¡qué cerca!



Talles de corte inglés.



Salida de teatro.

PARA EL HOGAR

EL ORGANISTA.

Cierta vez llegó á la puerta de una posada un joven hambriento y tembloroso, con un órgano á la espalda; la palidez de su rostro demostraba la fatiga y una larga vigilia.

Como al entrar en la posada se dirigiera al dueño, pidiéndole un pollo asado y una botella del mejor vino, los asistentes, que eran unos labriegos que celebraban unas bodas, se echaron á reír, considerando que un joven tan desprovisto de ropa y calzado, era imposible pudiera pagar el pollo y el vino que había pedido.

No obstante, el posadero le preguntó:

—¿Tienes dinero con qué pagar tu almuerzo?

—Desgraciadamente, no, dijo el joven; jamás he conocido el dinero, y si lo tuviera, bien comprendereis que no vendría á esta venta con mi órgano á la espalda, solicitando lo que pudiera obtener con mi dinero en las mejores hosterías de la corte.

—Entonces sal de aquí y no pienses, en volver a poner los pies en mi posada.

El organista salió de la sala, con la cabeza baja, sin responder una pala-

corte con gran pompa, pues era bien sabido que la princesa era de las más hermosas damas de la corte.

El día de la recepción llegó, y mientras la princesa sentada en un trono de púrpura y oro, consideraba con desdén á todos sus pretendientes, suce-

comocido á mis padres, y al solo hombre que debo la vida, es un bandido del bosque, que me encontró bajo unas breñas, casi acabado de nacer.

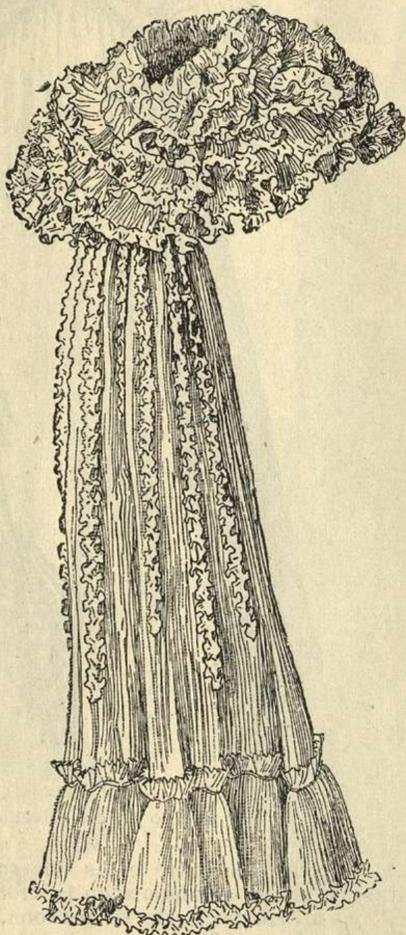
—Nada de eso me importa; retírate de aquí si no quieres que te mande azotar por mi servidumbre.

El pobre joven se retiró de allí, pero muy despacio, quizá á causa del gran amor que por la princesa sentía; llegado al jardín, se sentó sobre las dalias, lilas y tulipanes.

Nadie se inquietaba por él en el palacio, pues siendo nobles y ricos los pretendientes de la princesa, nada les importaba un rival tan insignificante.

De repente la fiesta fué turbada por los acordes melodiosos de una música que jamás se había escuchado y pajes, servidones, dignidades de la corte y hasta la princesa y el mismo rey, se asomaron á las ventanas para escuchar tan hermosa música, viendo con sorpresa al joven que clandestinamente se había introducido en el palacio, tocar su órgano, y que al parecer abrazaba y besaba á su sombra, diciéndole: "¡Eres más bella y hermosa que la hija del rey! ¡cómo me haces feliz!"

La historia de estas aventuras y de otras parecidas se esparció bien pronto por el reino. La mayor parte de las gentes lo creían loco, otras creían que



dió que entre la multitud se mezcló un joven blanco y pálido, que nadie vió entrar, y acercándose hasta el trono de oro y púrpura, dijo al rey:

—Señor, quisiera que me concedierais la mano de la princesa.

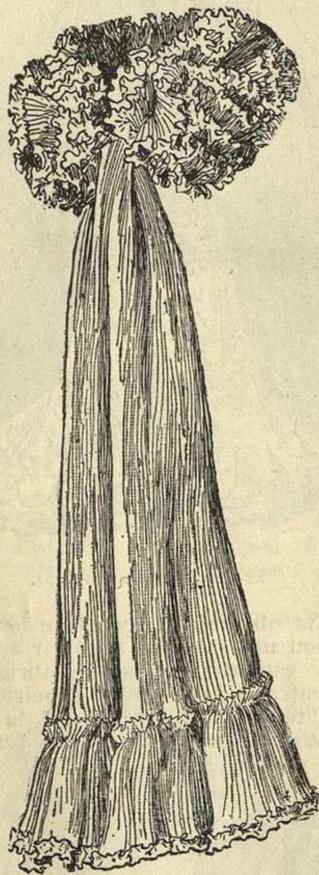
—¿Cómo, mendigo harapiento, te has atrevido á entrar hasta aquí? ¿cómo es que mis chambelanes y escoltas te han



permitido el paso? Vamos, lárgate, y no pienses en volver á poner los pies en mi palacio.

No obstante, el joven se hizo escuchar por el rey, y le dijo:

—Por desgracia no soy noble como todos los pretendientes de tu hija. Pero ¿quién puede saber mi origen? No he



el órgano era un talismán, por medio del cual el organista obtenía la realización de sus deseos.

Se le rehusaba que comer y no tenía más que tocar su órgano para que un magnífico banquete le fuera servido en el acto. Se le rehusaba la mano de una princesa, y gracias á un poco de música, obtenía que las más hermosas damas se acercaran para colmarlo de besos y caricias.

Naturalmente, esta versión hizo nacer la envidia entre los que le escuchaban, y se decidieron apoderarse de tan hermoso talismán. Más de uno lo siguió varias veces para sorprenderlo dormido y robarle el órgano. Por fin, una vez lo sorprendieron dormitando sobre el césped de un hermoso bosque tres perversos hombres: un rico paisano, un labriego y un señor de la corte.

Se acercaron silenciosamente y le robaron el precioso talismán. Comprendieréis que estaban ansiosos por querer probar su poder.

Uno de ellos dijo: "Deseo regalarme con un pavo trufado y con unos espárragos!"



Pero ni el pavo ni los espárragos le fueron servidos.

"Yo, dijo otro, pretendo ver elevarse ante mí, un magnífico castillo, con sus torres fabricadas en mármol rosado." Pero ningún edificio salió de la tierra.

"Yo, dijo el tercero, exijo que las más hermosas jóvenes vengan á bailar delante de mí."

Pero es probable que las jóvenes tuvieran algún otro quehacer, porque ninguna apareció.

Os imaginaréis el gran desconsuelo de los tres ladrones al no ver cumplidos sus deseos; pero más se sorprendieron al escuchar tras de ellos la risa del joven pálido, que habiéndose despertado, los había seguido y se burlaba de ellos, diciéndoles:

—Seguid, seguid; dad vuelta al manubrio, pasad vuestros dedos sobre el diapason, esto de nada os servirá.

—Entonces tu órgano no es un talismán, le dijeron.

—En efecto, es un talismán, pero vosotros no sacaréis ningún partido de él, porque su poder consiste en el aire que se toca, y este es solamente conocido de mí; en consecuencia, haréis bien en devolvérmelo.

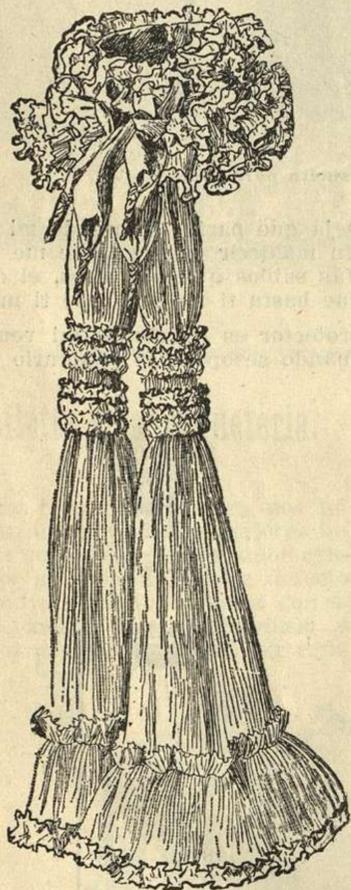
—Aprenderemos la música que debe tocarse!

—Vosotros no la sabréis jamás, hombres perversos, les dijo el joven pálido, pues es la canción de un ingenuo recuerdo, que sólo la saben, sin haberla aprendido, los pobres poetas de corazón puro.

Catulle Méndez.



Sombrero para paseo campestre.



Colección de boas, cuellos y pelerinas propias para verano.

bra, y tal vez a causa de su debilidad, cayó bajo un empujón, á la entrada de la venta.

Los que estaban en el interior, ni siquiera se ocuparon de él, cuando de repente se oyó una música melodiosa, y todos los asistentes de la posada salieron á escuchar, pues en su vida habían oído tan hermosa música. Instantáneamente dejó de tocar el órgano y vieron con sorpresa que el joven comía y bebía, sin tener frente á sí ni mesa ni manjares, exclamando: "Oh! delicioso ambrosía, incomparable néctar!" Y se oía el crujimiento de sus mandíbulas, como si realmente estuviera comiendo.

El rey de aquel país había invitado á todos los señores de los alrededores, á fin de que la princesa, su hija, escogiera entre ellos un marido digno de ella. Los más famosos gentiles hombres, condes, duques y marqueses, no faltaron á ese llamamiento, y llegaron á la

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO VIII--TOMO II--NÚM. 8.
Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

MÉXICO, AGOSTO 25 DE 1901.

Subscripción mensual foránea, \$ 1.50.
Idem idem en la Capital, 1.25.
Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.

DEL MÉXICO ANTIGUO.



LA FUENTE DE CHAPULTEPEC.

MAGDA.

No ha escapado á la observación de los pensadores, ni á la censura de los moralistas, ni, por consiguiente, á la inspiración de los dramaturgos y noveladores, el interesante fenómeno en cuya virtud la revolución—otros la llaman rebelión—del orden político y social, ha trascendido al orden doméstico y enderezada primitivamente contra el poder público, contra el despotismo, contra la tiranía gubernamentales, ha acabado por minar y debilitar la autoridad paterna.

¡Grave é interesante problema! La emancipación de los espíritus por la ciencia, la de los siervos por la democracia; la ruptura de las cadenas en la ergástula, y el derrumbe de las Bastillas en la plaza pública, han tenido honda, profunda repercusión en el gobierno de la familia y en la estructura y constitución del hogar doméstico.

Antes, la familia era gobernada por la autoridad absoluta é indiscutida del padre. Era él quien educaba á su modo y escogía carrera á sus hijos, quien escogía marido á las hijas. Sin dar cuenta á nadie ni responder ante nadie, de sus decisiones y de su voluntad, tonsuraba al uno, encerraba en el claustro á la otra, concertaba los matrimonios, premiaba la virtud, y castigaba el vicio. Sentado en su viejo sillón de roble, al lado del fuego, juzgaba de todo, resolvía todo, decidía todo; ponía entredicho á las ideas venidas de fuera y á los sentimientos exóticos; gobernaba cuerpos, almas, corazones, ideales, aspiraciones.

Mujer, hijos, parientes hembras ó menores, dependientes, todo el mundo estaba sometido á su autoridad, y el jefe velaba por el bien, por la salud, por la fortuna y por el porvenir de los suyos.

Tomar esposa, elegir carrera, adoptar religión, ir, venir, abrir las alas, volar, era permitido; tolerado, aceptado en proporción de la voluntad del patriarca, y la libertad, la iniciativa, el libre examen, espiraban á la puerta del hogar.

A semejanza de las instituciones civiles, en las que el monarca absorbía la iniciativa popular, y en las que él era todo y nada, el pueblo, en el orden doméstico, el pater-familias podía exclamar "La familia soy yo", y tenía el derecho de vida ó muerte sobre los suyos.

El soplo revolucionario, al derribar los ídolos gubernamentales, y dispersar en polvo los viejos moldes políticos, ha conmovido también hasta en sus cimientos las instituciones domésticas, y zapeado las bases y sostenes de la autoridad paterna.

En el seno de la familia, como en el de la sociedad, la antigua obediencia se ha transformado en libertad; al deber es substituído el derecho; á la jerarquía, la igualdad; al gobierno del padre, el parlamentarismo de los hijos; á la unidad de la religión, el libre pensamiento.

El jefe de familia, que antes mandaba, hoy polemiza: al castigo severo se ha substituído la amonestación anodina; á la voluntad despótica, el plebiscito. De ahí, se afirma, la frecuente rebelión, la emancipación imotivada é improvisada de los hijos, y de ahí también sus extravíos y su desgracia.

"Magda" pone de relieve, bien que acentuado mucho el toque y el colorido, un caso de esa rebelión, hoy general, y de ese desquiciamiento de la autoridad paterna. Hija de un viejo coronel, autoritario hasta lo insoportable y rancio hasta lo ridículo, Magda ha heredado su altivez, su inflexibilidad, su energía. Pero hija del siglo á la vez que de su padre, es una emancipada sedienta de espacio y de libertad, y á quien viene estrecha la jaula doméstica. Apenas adolescente y amenazada de casarse con un pastor protestante á quien no ama, huye de su casa, se lanza al torbellino de la vida, pena, sufre, trabaja, llora: es seducida y llega á ser madre, y enérgica y valiente, se sobrepone á la miseria, y acaba por ser una cantante de primer orden y la mujer á la moda, rica, adulada y feliz.

Llegada al apogeo de su gloria, siente un día la nostalgia del hogar paterno, y ayudada por las circunstancias, vuelve á él. Pero vuelve inadapta, impregnada de otro espíritu, de otros hábitos, de otras tendencias, de otras aspiraciones. Aquello es estrecho, frío, monótono, fastidioso, insoportable. Las costumbres de todos y sus ideas, chocan con sus preferencias y sus costumbres; á nadie entiende, ni nadie la comprende, y va se percibe que el ave dejará de nuevo la jaula, cuando un

suceso viene á precipitar las cosas y á acelerar la catástrofe. Magda se da de manos á boca con su seductor; el viejo coronel sorprende una conversación entre ambos; ebrio de cólera pide explicaciones, y Magda desenvuelve sus teorías. Esta es, á nuestro juicio, la parte capital del drama y su tesis fundamental. Magda, en nombre de sus sufrimientos, de su pasado de miserias, de la labor asidua y dolorosa, mediante la que se ha librado un presente y un porvenir, reivindica su pleno derecho á la libertad y á la libre disposición de sí misma. Puesto que ha trabajado y ha triunfado; puesto que es ella con su propio esfuerzo quien se ha emancipado y se ha hecho grande y fuerte, tiene derecho á ser libre. Era mujer y era hija, es decir, doblemente esclava; por el trabajo y el éxito, ha conquistado todos los derechos del hombre.

Ante la exposición de estas doctrinas, la vieja autoridad paterna se yergue y lucha; pero en vano. La autoridad, minada por la rebelión, vacila y se derrumba. El padre quiere casar á Magda con su seductor; éste rehusa aceptar y reconocer al hijo, fruto de sus amores; Magda rehusa su rehabilitación si ha de separarse de su hijo y renegar de él; el viejo coronel quiere imponer su voluntad, y Magda, en un arranque de heroico cinismo, le da á entender que ha tenido otros amantes. Al oír tan terrible confesión, el padre de Magda cae muerto.

No somos de los que creen que un drama, por maravilloso que se le suponga, prueba nada en pro ni en contra de una tesis social, moral ó política. Con los dramas, como con los números, se hace lo que se quiere, y con ellos se pueden demostrar con igual facilidad el pro, el contra y las opiniones intermedias.

Pero como una parte del público ha creído que el drama apoya el principio de la autoridad paterna y otra, no menor, juzga que el drama se inclina más bien en favor de la emancipación de la familia, creímos de nuestro deber terciar en la contienda. Cualesquiera que hayan sido las ideas ocultas y la intención moral del autor, para nosotros es cosa manifiesta que el drama resulta, y este es su gran valor moral, igualmente severo para el despotismo paterno que para el anarquismo doméstico.

El viejo coronel no representa la autoridad paterna, en lo que ella tiene de legítima, ni contenida en justos límites y, por consecuencia, venerable, respetable, grande, noble, útil, benéfica á la familia. Aquél no es un padre; es un cabo de escuadra, un capataz de chusma, un sátrapa oriental; un sér rectilíneo, sordo, ciego, y que da de cabeza contra todos los muros. Un terco de esa fuerza, un irreflexivo de ese linaje, un rígido de esa consistencia, merece todo lo que le pasa y, en general, le pasa todo lo que merece.

Pero si ese padre no merece representar la autoridad paterna: la hija, forjada del mismo bronce, no merece tampoco representar las reivindicaciones de la edad moderna. La mujer actual jamás ha reclamado su derecho á la galantería, en nombre de su trabajo y so pretexto de que puede bastarse á sí misma. Magda, como su padre, exagera, abulta, hipertrofia y desfigura los hechos; tira de su lado tanto como su padre tira del suyo, y el choque y el conflicto no provienen de que haya incompatibilidad entre la autoridad paterna y las libertades y derechos indispensables de los hijos, sino de que aquella autoridad es un despotismo y aquellas reivindicaciones un anarquismo.

La enseñanza fundamental del drama, y su valor moral, estriban precisamente en que bien visto y bien meditado, prueba con un brillante ejemplo que el conflicto doméstico nace ó del fanatismo autoritario de los padres, ó del fanatismo anárquico de los hijos, y que éste encuentra origen, alimento y estímulo en aquél.

No hay, pues, para qué gritar Delenda est Cartago!, ni Los Dioses se van!, al ver caer desplomado y muerto al padre de Magda. Es él el obrero de su propia ruina, y lo es porque, aquí en confianza y sin que nadie nos oiga, no amaba á su familia ni se preocupaba por el bien de sus hijos. Lo único que amaba era el ejercicio de su autoridad.

Nuestro Representante en Roma.

Los viajeros mexicanos que han podido ver con cierta intimidad á nuestros representantes en Europa, no los olvidarán fácilmente. No me fué dado gustar en París, de la amable acogida que á sus compatriotas brindaba, según tradición, Don Antonio Mier; en su casa, que es un relicario, ya no habitaba (y por muy poco tiempo, según se dice) la señora duquesa de Mier, su viuda, excelente y venerable dama, que conserva intacto el heredado amor por las letras, y en quien el título romano y el trato con los representantes de la más fina y complicada de las diplomacias, no debe de haber ahogado el apego por la tierra natal y por su prosperidad, que á todos nos ha contagiado de cerca ó de lejos. Ahora, quien nos representa en París, es un tipo de diplomático activo, que se mezcla y toma parte en la vida de la sociedad que lo rodea, y que inspira el deseo de colaborar en su obra á todos aquellos de sus compatriotas que permanentemente ó de paso lo rodean; es un hombre nacido para ser un centro de cohesión, así lo necesitábamos allí.

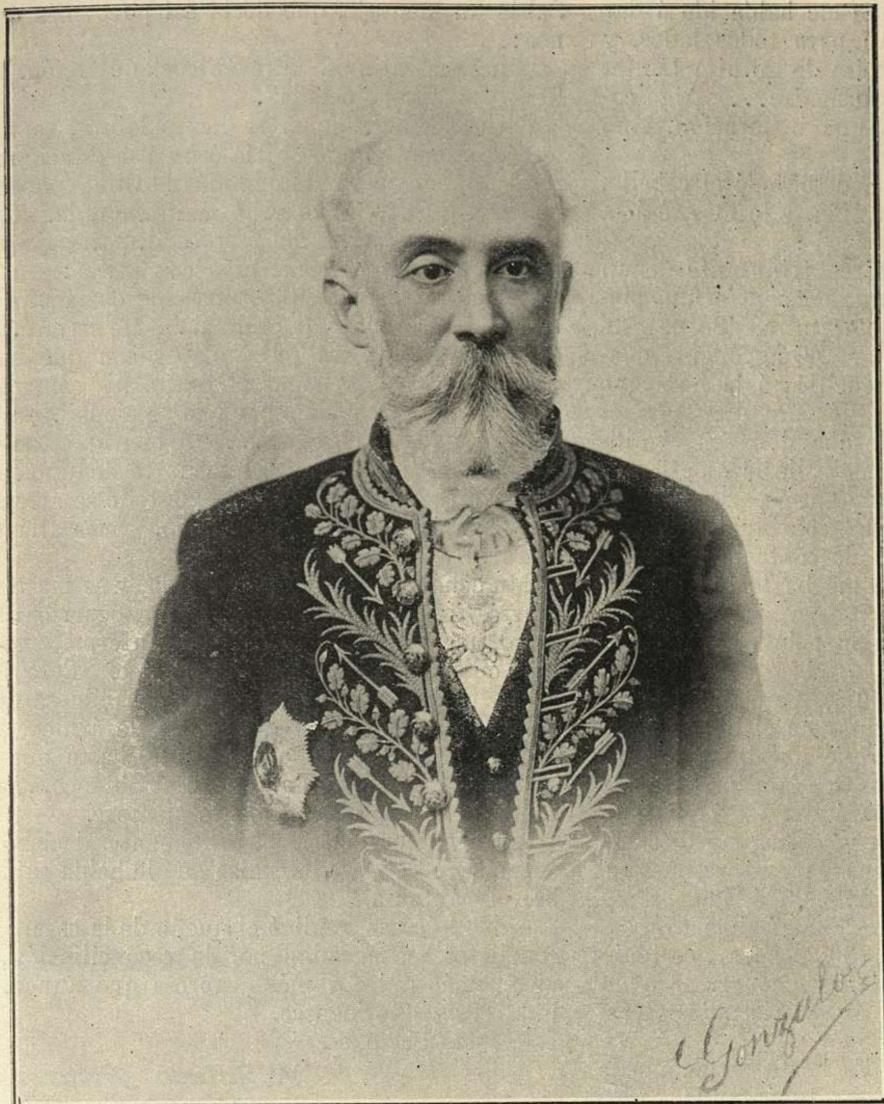
Por cuanto á mí toca, no sólo no olvidaré fácilmente, sino que nunca olvidaré (lo que á mi edad ya no es gracia) la abierta y espléndida hospitalidad de los señores de Iturbe, en Madrid; ni el penetrante encanto que pone en ello la señora de Iturbe, una española, que, pronto lo esperamos, se decidirá á rehacer la conquista de México, con armas que suelen ser de más alcance que las de Hernán Cortés: la gracia exquisita, la regia gallardía, el buen gusto inteligente y delicado. Ni cómo olvidar tampoco á los señores de Rincón Gallardo, que saben recibir á los pobres vagabundos como yo, con tan admirable cordialidad, con un mexicanismo de tan buen tono, rodeados en su soberbia estancia de París, de un coro adorablemente risueño y rubio, de dulces mexicanitas parisenses; allí, en el modo de tratar y de cautivar y de ser buena, me explicaba el secreto de esa persistente popularidad aristocrática, digámoslo así, de que aquí disfruta la señora de Rincón.

Del señor Zenil, nada diremos, todos cuantos por Bruselas pasan, se hacen lenguas de su eficacia en servir á todos y en convertir en amigos de siempre á los conocidos de una hora, ¿qué diré yo, su compañero de adolescencia y de juventud?

De esos años felices que se vuelven tristes en la penumbra del recuerdo, data mi amistad por Gonzalo Esteva. Cuando lo ví en Roma, sentí esa emoción particular que se experimenta al renovar una amistad en tierra extraña, es una vuelta súbita á la patria. En el palacio Giacomelli hay una patria para los mexicanos, hay una patria cuyo tibio calor repara las fuerzas y embalsama las penas, hay una patria en los brazos abiertos de Gonzalo, verdadero tipo de hidalgo elegante, en quien las canas son una coquetería, y en la suavidad incomparable de la bienvenida de su esposa. ¡Oh! qué noble hogar, cómo lo llena de prestigio mágico é indefinible la cariñosa, la angélica bondad de Chana! ¡Qué rápidamente se deslizan allí las horas del destierro; con qué íntima simpatía participa todo el que se sienta en aquella mesa, con tan primoroso donaire dispuesta, de apego incurable que por esa maravillosa Roma sienten el señor y la señora de Esteva. Tienen razón, ellos tienen más razón que nadie; porque Roma no sólo guarda, como para todos, los recuerdos de un mundo, sino los más dolorosos del corazón; en su polvo sagrado vace confundido el del pobre Gonzalito, el delicioso muchacho enfermo, de grandes ojos, de alma pura, de talento soñador y poético, que todos veíamos en el año que precedió á su muerte, cruzar por México en nos de un amor y de un ideal. Y este recuerdo cubre aquella casa y aquella afabilidad de un crespón de luto, que la hace más cara, más honda.

Nuestros representantes en Roma, son personas gratísimas en la corte: la reina Margherita, encarnación para la Italia entera de la caridad activa y atractiva, tiene predilección por la nobilísima dama mexicana, que no nos representa políticamente, sino socialmente, porque personifica cuanto hay en la sociedad mexicana todavía, gracias á las mujeres, de virtud inmaculable y de santidad genuina. Es el oro que nos ha quedado.

J. S.



Señor Don Gonzalo A. Esteva,
Representante de México en Italia.



Sra. Doña Feliciano Cuevas de Esteva.

LA MARIANI Y LA CRÍTICA ITALIANA.



Para que se vea cuánto es estimada en Italia, la eminente actriz que hace en estos momentos las delicias de nuestro público, traducimos aquí, tomándolos de distintas partes, algunos de los juicios más completos y exactos.

Dos insignes poetas dramáticos, Bracco y Antona Traversi, hablan de Teresa Mariani con un entusiasmo que es prueba segura de su admiración, por el genio de la actriz.

Bracco dice:

En esta época de enervamientos y de sobreexcitaciones, de torpezas morbosas y de morbosas actividades, de deficiencias disimuladas por el llamado refinamiento y de exuberancias pletóricas é invasoras, Teresa Mariani,—en medio del general desequilibrio reinante en el arte escénico,—se distingue y asume especial importancia por la armonía en que todas sus cualidades concurren á un concreto y preciso resultado estético, y por el equilibrio en que se desenvuelven los elementos competentes de su personalidad artística.

La mujer,—en Teresa Mariani,—dá á la actriz, en proporciones iguales, los requisitos necesarios para determinar en la escena, como en la vida,—la esencia femenina, indispensable para conseguir que el personaje teatral tenga verdaderas vibraciones humanas, sensibles para la humanidad. Nada, entonces, de amamamientos nerviosos, ni de predominio de la gracia ó la belleza, ni de tiranía del análisis crítico; pero sí una justa combinación de todos esos pormenores tendentes á mantener en la escena la "vitalidad femenina" y á asimilar, por tal medio, el tipo creado por el autor. La "mujer", en el temperamento artístico de Teresa Mariani, semeja una fábrica de "feminismo", dirigida, regulada, vigilada por una "conciencia."

De esta fábrica salen las lágrimas, la risa, la sonrisa, la pasión, la dulzura, la violencia, la tristeza, la comicidad,—las cuales llevan, como marca de fábrica, el sello femenino de Teresa Mariani, sin que la persona de ésta se apodere y se imponga como condición "sine qua non" de triunfo. El arte la pide sangre, calor, pensamiento, hálito vital,—y ella nada niega y todo lo ofrece al arte. Pero su conciencia permanece alerta, vigilante,

en la obra difícil, preciosa, sabia, de utilizar bien su "tributo personal."

Hablando de Teresa Mariani, se puede agotar, sin escrúpulos, la terminología laudatoria de todas las lenguas;—pero yo, debiendo tributar un homenaje á esa nuestra querida artista victoriosa, he preferido dejar en la pluma los adjetivos eternamente empleados en casos como este, para exponer, en breves líneas, el concepto que tengo de lo que compone eso que es lo íntimo, en los grandes méritos de aquella."

Antona Traversi, juzga de este modo á la inspirada intérprete de sus obras: "Quién, como yo, no la ha visto ni oído arrancar, en las primeras noches, frente á las severas y repletas plateas, una victoria, frase por frase, escena por escena, acto por acto; quién, como yo, no la ha visto pálida de emoción, convulsa de arte, luchar como una leona y... vencer, puede decir que nada ha visto.

Predilecta de los públicos, colocada entre las estrellas aún por los críticos más severos, deseada y buscada por Praga, por Rovetta, por Butti, por Bracco, por López, por Martini; querida por las mujeres, porque es bella y buena; amada por los hombres, que ven en ella la más espléndida encarnación de la heroína moderna; cada vez más aguerrida á las batallas siempre difíciles del arte escénico; colocada en el camino del progreso continuo; en la flor de la juventud y del vigor, es muy digna, en verdad, "del poema y de la historia."

El arte de la Mariani es un compuesto de naturalidad y de verdad. En ella no encontrarás nada que sea artificioso, nada que sea ficción, nada de eso que llamaremos los ardidés rutineros del oficio. Tienes frente á tí la criatura de carne y hueso que el autor lleva de la vida real á la escena; la criatura que llora y te arranca lágrimas; que sufre y te hace sufrir; que gime y te hace sollozar; que te comunica, con extraordinaria felicidad, así la alegría como el dolor; así la sensación de lo bueno como la sensación de lo malo. Ora es severa, suave, dulce, serena, acariciadora; ora diablilla, voluptuosa, neurótica, pasional; ora perversa, maligna, envidiosa, celosa, perturbadora. En las escenas de más alta fuerza dramática conmovedora, TERESINA MARIANI llega á las cimas más elevadas; en las de más alta comicidad, produce efectos que yo no sabría narrar. Pasa con donosura envidiable y con exquisita naturalidad, de la risa al llanto y del llanto y la risa; ora te hace temblar, ora sonreír; ora te sube al

cielo, ora te baja al infierno! Posee todos los recursos de seducción de la mujer moderna y convierte en reales los caracteres y tipos más diversos: sabe ser amante buena, sincera, celosa y traidora; esposa fiel é infiel; madre cariñosa y desamorada; mujer honrada y deshonesto; hija devota y cruel, y sabe exponerte en sí la imagen perfecta de lo que es una verdad: la mujer de nuestros días.

Su voz, clara, límpida, acariciadora, dulcísima, encuentra todos los caminos que la llevan á resonar en el corazón y manifiesta, alternativamente, el amor, el odio, los celos, la envidia, la pasión, recorriendo prontamente toda la escala de los afectos humanos.

En la escena, luego, es "señora", en el más alto sentido de la palabra, y sabe del arte de estar en un salón como quizás muy pocas damas de la aristocracia. Cuando viste los hábitos de la pobreza me recuerda ¡ah, lector! mi "Fanciulli". Dirías que ha vivido siempre entre los humildes y los desamparados.

Pasarán los días, los meses, los años; otras actrices—cabe por lo menos esperarlo,—aparecerán sobre la itálica escena; pero, quien tenga inteligencia y corazón de artista, recordará siempre, con inefable precisión, las dulces, vigorosas é intensas emociones experimentadas al verla y al oírla.

Yo, lo confieso, no conozco otra artista, entre las modernas, más noble y más valerosa que ella. Y si estuviera en mis medios el hacerlo, quisiera alzarla un TEMPLO DE ORO, que trasladara á la posteridad el recuerdo de su arte. En este TEMPLO, sueño de mis fantasías, muchas hermosísimas estatuas de mujer recordarían "Edda," "Cipriana," "Margherita," "Dora," "Susanna," "Magda," "Lidia," "Paolina," "Denise," y en medio á ellas, surgiría, entre Ninfas y Nereidas, la estatua de ITALIA,—con los cabellos de oro entrelazados á guirnalda de laurel y el griego perfil de TERESINA MARIANI ZAMPIERI.

En el pedestal de mi DIOSA, grabaría en bronce los títulos de mis pobres comedias, á las cuales sólo aquella dió nervio, alma, vida: "Rozeno," "Danza Macabra", "Fanciulli" y "Matrimonio d'Alberto."

xx.

LA CELOSA.

Las señoras quedaron en el salón, y los hombres salieron al fumadero, para entregarse á las delicias de su vicio favorito.

—Vayan ustedes, dijo Blanca; por más que el humo no nos incomoda...

—Tendrán que hablar de negocios, insinuó Catalina.

—O de líos, repuso su compañera.

Cogidos del brazo, salieron Fernando y Anselmo, éste se arrellanó en el diván de cuero, cogió un Balsa gigantesco, lo decapitó en la guillotina, y dijo, mientras frotaba el mixto de la cerilla en la superficie rugosa de la fosforera:

—Según parece.... creo notarlo.... Blanca es celosa.

—Como una leona, respondió Fernando. Y



luego, corrigiéndose, añadió: Me quiere tanto, tiene conmigo tan exquisitas delicadezas, es tan buena y tan sufrida... Y al cabo, se arrepiente tan de veras después de alguno de sus involuntarios accesos... porque son como oleadas, como accesos de una enfermedad repentina... Yo soy el primero en compadecerla, y cuando siento que le llega el aura celosa, me aplico á quitarle hasta la idea de una infidelidad posible.

Hace días, regresé de la calle, y, como de costumbre, los niños salieron á recibirme. Besé á mi mujer, que venía de las habitaciones, y tan pronto como avisaron que la comida estaba lista, nos sentamos todos á la mesa en amor y compañía.

Aún no se había tomado la sopa, cuando ví demudarse y palidecer á la pobre Blanca.

—Parece, me dijo con rabia contenida, que te gustan las rubias... las rubias con el cabello de tono ceniciento, que tanto me has alabado.

—Cierto, le respondí, pues me jacto de que me agrades tanto como el primer día.

—Así será, replicó casi llorando; pero de seguro que hay otras que te llaman la atención más que yo, y que dejan enredado el cuerpo del delito en los dijes de la cadena de tu reloj.

Me incliné involuntariamente, y me convencí de que el dato era cierto: ni todos los cabellos de todas las Medusas y Gorgonas me habrían producido el efecto de aquel cabello rubio, delicado, fino, procedente sin duda de cabeza prócer, que se veía en el dije de la cadena... No te rías; pero lo cierto es que comencé á romperme la cabeza para tratar de investigar de dónde me había venido aquel cabello, del cual pendía quizás mi vida entera. Comencé á recordar mis entrevistas en aquel día, y no había hablado con ninguna mujer, á excep-

ción de una Doña Siglos que me había ido á dar jaqueca al despacho... Ví para todos lados, y entonces noté la gentil cabecita de mi hija Laura, que se parece tanto á la de su madre... Algo como una iluminación, como una inspiración, vino á mí y me confortó.

Me levante violentamente, desenredé el cabello, lo acerqué á la cabeza de la niña, y lo mostré á la obstinada Blanca.

—Mira, le dije con el aire triunfante de un juez de primera instancia que encuentra una pieza de convicción irrefragable; mira sino es este cabello igual al de la niña... ¿Que cómo se quedó enredado aquí? Muy sencillo; á la hora que Laurita me saludó, lo dejó prendido en el dije. Si ha sido mujer, lo abandona en el alfiler de la corbata ó en un botón de la americana.

Río Anselmo y tomó un sorbito de cognac, mientras Fernando, excitado, continuaba:

No acabaría en un mes de contarte las aventuras y los quiproquos que me ha traído esa pasión de mi mujer por las cosas raras.

Un día me encuentro á la pobre, caldeada al rojo blanco:

—Te creía disoluto, me dijo, pero no descaro. ¿Cómo te atreves á anotar en el libro mismo en que apuntas los gastos de tu familia, lo que das á esa... á esa mujer? Mira, me dijo sin aguardar mi respuesta:

\$500.00 á Leonor.

\$2,500 á Leonor.

\$300 para sostenimiento Leonor.

Suministrado para Leonor...

Es hasta donde puede llegar tu infamia. ¡En dos meses, seis mil pesos á una bribona! El pan de tus hijos, su porvenir, su vida, echados á una mujer sin corazón, que de seguro te engaña y te compromete!

No contesté de palabra; pero sacando de una gaveta de mi bufete los títulos de las tres barras que poseo en la mina "Leonor", que tanto ruido metió hace años, los mostré á Blanca. Las sumas, que figuraban apuntadas eran el importe de las exhibiciones que decretaba periódicamente la Directiva.

La última aventura es más curiosa. Hace tres semanas, fuí á la sierra de Guachinango á ver las minas "Descubridora", "El Zocavón" y "Jesús María", que había adquirido, pues deseaba cerciorarme de la provisión de agua y leña y de la distancia á las salinas; y arreglar de paso algunas diferencias con el dueño de los terrenos colindantes.

Andando á caballo por entre breñas, me causé en una espinilla una escoriación—lo que vulgarmente se llama una pelada—que poco á poco fué inflamándose hasta darme cuidado.

Una mañana, Prisciliano, mi mayordomo, fué al pueblo en momentos en que yo acababa de recibir la visita del hacendado comarcano. Me preguntó qué se me ofrecía, y le mandé sólo pusiera un telegrama avisando el regreso á casa, y disponiendo me enviaran coche á la estación, pues podía ser peligroso andar de otra manera las dos leguas largas que hay, desde el paradero del ferrocarril hasta aquí.

Prisciliano, no considerándose autorizado para corresponderse con su ama, le envió al cochero

Sabás un mensaje, que decía así poco más ó menos:

"Mañana salimos. Prevén coche estación. Amo lleva una gran "pelada".

Al leer Blanca aquellas diez palabras, se volvió loca de rabia. Dudó si iría ó no á la estación; pero al fin, considerando que más le valía conocer su mal con certeza, se marchó malhumorada. Cuando me vió descender del ferrocarril, pati-cojo y lleno de precauciones, me dijo con sorna:

—Que mi presencia no sirva de obstáculo para que la hagas subir al coche... Me bajaré, pero enséñamela siquiera para saber con qué baraja pierdo... No te hagas el tonto, ni pongas esa cara de espanto: hablo de la "pelada", de esa gran "pelada" que traes... A bien que tus criados no son tan discretos que no te denuncien.

—No te aflijas, respondí, que todo se arreglará. En llegando á casa te la enseño, pues allá tiene que ir.

Me echó una mirada furibunda, y se marchó de morros todo el camino. Al llegar, ocurrió Prisciliano, me desvendó la pierna enferma, me instaló en mi cama y llamó al médico. Pero Blanca no tardó en ver á su rival: con ella se estuvo ocho días, poniéndole compresas de árnica, gasas de Lister y pomadas antisépticas, hasta que quedó evitada la posibilidad del tumor blanco, al cual, como sabes, he sido propenso siempre.

—Pues debes sufrir horriblemente, declaró Anselmo sacudiéndose la ceniza que le había caído sobre el pantalón.

—No lo creas, replicó el dueño de la casa. Esos conflictos me agradan por la reconciliación, que viene, más dulce y más sabrosa que nunca, tras una de esas tormentas.

—Pues gusto es.

V. Salado Alvarez.

"DE ÁTICAS."

Desierta está la calle,
Lidia á la puerta, en la ciudad el sueño.
Vago descendiendo un rayo de la luna
Sobre el turgente seno
De Lidia y besa roja flor que exhala
Con tenue aroma el moribundo aliento.
—Nadie nos ve, ¿qué temes?
¡Te amo, oh dulce Lidia!
¡Oh Lidia! yo te amo!

—No lo creo,

Tú sí lo juras, pero no me amas.
—¡Con toda el alma y con amor eterno!
—¿De veras...?

—Ay...! ¿qué ha sido?

—Nada, la flor que ha muerto.
Cayó á tus pies; la luna,
Mira, se va riendo
Y dice á las estrellas, que sonríen:
¡He visto tanto, tanto en tanto tiempo...!

Fernangrana.





Y cuando ufana de la fuente sales,
De tu alcoba á los diáfanos cristales,
Por mirarte salir, se asoma el astro.

A UNA MARGARITA.

Margarita que yaces deshojada
En blando lecho de menuda arena,
¿Qué radiosa beldad, rubia ó morena,
Te preguntó temblando si era amada?
¿Fué tu respuesta dolorosa espada
Que hirió su pecho con aguda pena,
O su pálida frente de azucena
Hiciste enrojecer alborozada?
Del porvenir incierto sabedora,
Sabiendo que el amor en una hora,
Lo mismo que las flores, se marchita.
¿Piedad tuviste de su dicha breve,
Y escondiendo algún pétalo de nieve
La engañarte, piadosa margarita?

NIEVE ALPINA.

En las pálidas manos sostenía
Un ramo de azucenas la inocente,
Y á través del ropaje transparente,
Más aérea, más blanca parecía.
La corona de lirios se perdía
En los alpinos hielos de su frente...
¿Qué vida tan azul, qué dulcemente
Se dispó en la vaga lejanía!
Sutil esencia que en abierto vaso
Un efímero olor deja á su paso
Cuando al soplo del viento se consume,
Al riguroso embate de las penas,
Ella se consumió, dejando apenas
Un recuerdo fugaz como el perfume.

bía estudiado lógica. Y pongo este último detalle, porque le será á usted muy útil seguramente.

“¿Necesitaré ampliar ese croquis de mí mismo, ese esqueleto de mi parte sutil é inmaterial? No lo creo así, porque sólo de la edad, únicamente de mis creencias, puede sacarse todo el mecanismo psíquico de mis pasiones. En punto á cerebro, confieso que debo haberlo tenido muy miserable, demasiado pobre, pues no hacía objeción alguna á las exigencias desordenadas de mi corazón. Después, cuando los años han pasado, me han dicho algunos aduladores que tengo talento; pero eso yo no lo creo.

“Fuí, pues, obsesionado por aquella niña, que lo era entonces. Pasaba por ser mujer de talento, acaso no bien desarrollado, pero seguramente mal nutrido. Ignoro si tenía corazón, y si éste era susceptible de darse por completo, con desprecio de sí misma, como suelen hacerlo las mujeres á los quince años. Casi juzgo imposible disecar su conducta de los primeros meses, á despecho del mejor escalpelo. Sólo podré agregar que era, eso... que algunos llaman coqueta, y yo defino como una facilidad peligrosa para ellas, más peligrosa todavía para ellos. De allí que gustara de ser galanteada por muchos y riera de todos; yo entre ellos. Refuerzo para mis dudas sobre lo del talento: ¿el que tiene talento y energía admite ser uno de tantos...?

“Nada importarán á usted mis cuitas, mis lloros, mis insomnios, toda esa larga cadena de tonterías, que se eslabonaron mientras ella no hacía sino reír de mí. Porque ella fué falsa, satánica, cruel, despiadada, hipócrita...!

“Más tarde me dió, ¡qué vergüenza! una caridad, una limosna de cariño. ¡Y yo lo comprendía! ¡Y nunca tuve valor para despreciarla! Sumiso como un tonto, fiel como la memoria de una madre honrada y buena, dejaba que aquella niña se entronizara en mí y me sugestionara la pasividad odiosa del vencido moral.

“Alguna ocasión tuve un intervalo lúcido, una chispa momentánea y fugaz de la energía de otro; y yo, que había sido sumiso á todos sus caprichos, tuve para uno de ellos una rebelión; hice observaciones, aunque tímido, vacilante, temeroso de ofenderla, de perder lo que yo llamaba mi felicidad. Fuí cobarde, y acaso debí ser valiente. El castigo muy duro, muy sañudo, saltó en seguida.

—“No me vuelvas á hablar, me dijo.

“Con ese laconismo desesperante, terminaron aquellos amores.

“Sufrí largo tiempo y me hice hombre. Acaso olvidé el primer amor. La fatalidad, ese tirano abominable, dispuso una nueva celada y ha conseguido su objeto. Estamos de nuevo en presencia el uno del otro. Ahora, ¡qué irrisión de la suerte! yo soy quien domina, aunque no he sabido abusar de ese poder y apenas lo he hecho sentir como caricia, con fineza, delicadamente. Nuestra reunión no ha obedecido á humillaciones del uno ó del otro, no señor. Débese á un incidente por demás extraño: ¡un encuentro ante un cadáver! Un amigo á quien yo quería mucho, amigo suyo también. ¿Es esto una conformidad de sensaciones, una semejanza de dolor que acerca, una compasión mutua que ciega y hace creer en la desdicha de otro? No lo sé. Lo cierto, lo indudable, ha sido la reconciliación.

“Comience usted á tomar datos, porque la duda no tarda y ejercerá usted funciones de juez.

“He procurado para mis sentimientos una transparencia supina, acaso una desnudez poco decorosa, pensando que será más fácil la cirugía moral en esas condiciones. ¿Conseguiré que usted me entienda...? ¿Bastarán mis esfuerzos para guiar su bisturí...? ¿No hallará usted músculos impertinentes, ni huesos que lo mellen...? En todo caso, su conciencia sabrá disculparme y hará el “fiat lux” en mis obscuridades de idiota.

“El levante de esta nueva era, la de mis amores, con todos los orientes, ha sido divinamente pródigo, infinitamente fastuoso. Estaba tan acostumbrado á obedecer, que olvidaba á las veces mi papel de tirano. Mi novia, la fiercica de ayer, estaba más convencida de mi don de mando. No hubo rebeliones formales, ni tumultos en pequeño, ni motines sin armas. ¡Ah! ¡La paz! qué hermosa es la tranquilidad; no es cierto? Teníamos disidencias muy cortas, de tiempo en tiempo: tempestades de verano que luego, cuando habían pasado, hacían más hermoso el antiguo aspecto de las cosas

ODORE DI FEMINA.

A la luz temblorosa de las estrellas,
Vuelvo á mirar la alcoba donde dormías,
Y surgen las memorias de aquellos días,
Tus suspiros amantes y tus querellas.
Allí donde el pasado dejó sus huellas,
Despiertan olvidadas melancolías...
Te arrullaban mis cantos y te dormías
Mirando los fulgores de las estrellas.
Ya todo de los años cedió al ultraje;
Hecho está ya girones el cortinaje
Y cubiertas de polvo las celosías;
Y en la alcoba forrada de blanca seda
Tu adorable perfume vagando queda
Y evocando pasadas melancolías.

EL BAÑO.

Ya dejas el plumón; las presurosas
Manos desatan el discreto nudo,
Y queda el pecho escultural desnudo
¡Volcán de nieve en explosión de rosas!
El baño espera; de estrecharte ansiosas
Están las aguas, y en el mármol mudo
Un esculpido sátiro membrudo
Te contempla con ansias amorosas.
Entras por fin y el agua se estremece...
En tanto, allá en el orto, ya parece
El claro sol de refulgente rastro.

EL MANUSCRITO.

Comenzaba así:
“No me agradezca usted la confidencia. Ella no es argumento en pro del afecto que usted pueda tenerme. No creo en él, como tampoco en ningún otro. Así lo he aprendido mientras luchaba, porque yo he bregado por alcanzar una convicción que fotografiara en mi cerebro una imagen exacta de los hombres y de las cosas. Dejo á usted franco el paso hasta mi corazón, para tener derecho á su consejo, el que conceptúo enseñanza valiosa y necesaria. Usted, el de talento, el sabio también, aceptará el convenio; estoy seguro de ello, y no perderá la ocasión de hacer psicología de mis pasiones, quedando así garantizada la sinceridad de su resolución, puesto que habrá de ser una resultante de la lógica, y usted respeta mucho á la Diosa Razón.
“Con el conocimiento de mi moral, otras veces transparente y completo, sospechará el motivo de

mi consulta, porque es una consulta lo que me prometo hacerle. Y basta ya de proemio.

“Tengo una novia, de cuya descripción física omito los detalles, que nada significan para quien la conoce y aun para los que nunca la hayan visto, dado el género puramente psíquico de este caso. Pero en materia de cerebro, pienso ser franco hasta la hipérbole.

“Arrancaré los antecedentes desde la edad pueril,—cuando se es presuntuoso—de nuestros amores.

“Tenía yo dieciocho años. Conservaba cierto candor religioso, herencia leal de mis padres. Ellos deben haber sido buenos: los que piensan así, los que creen son buenos, ¿verdad? ¡Y son felices! Desgraciadamente yo he ido arrojando lejos de mí, una á una, esas ideas; pero me siento muy vacío el corazón y me causa espanto verme tan descarnado, tan cruel, tan falto de musculación moral. Esto no me pasaba en aquella época. Como era poco experimentado, era fácil, accesible, imbécilmente crédulo. No había amado ó no conservaba recuerdo de ello. Aún no ha-

“Pero vivíamos en compañía. La sociedad pone en tela de juicio muchas reputaciones. Dióse á pensar mal de la de mi novia. Primero en voz baja, simples murmullos. Más tarde levantó la voz, como si hablara con un sordo. Después... fueron gritos, aullidos salvajes de tigre implacable. Yo era de casa, ¡los oí el último! Era feliz y elaboré desprecio, desprecio hondo y sincero. El tigre no pareció darse cuenta y prolongó los aullidos, que entonces rodaron largamente como los ecos de una tempestad.

“¿Usted ha luchado sin otra máquina de guerra, que sus fuerzas, sus uñas, su talento, contra una manada de lobos que sienten odio, porque tienen hambre?

“Los gladiadores caen vencidos cuando prolongan el combate; los caballeros, muerto el rocín, carecen de pedestal; los hombres tardan menos en ver los finales trágicos de la lid que empeñaron. No obstante, es una deshonra inaudita, una cobardía anónima, arrojar las armas y retirarse. Lo cree así la sociedad y hay que unirle tan abominable yugo. Ese quijotismo ha conservado incólumes mis energías, compuesto inverosímil de flaquezas. ¡Pero estoy tan cansado!

“El Tiempo es una de mis preocupaciones superlativas, ¿para qué habrá Tiempo? ¿Cuál es la razón de que perdure ese viejo tan antiguo? Si él no existiera, si no prendiese con cada minuto un alfilerazo que hace sangre y debilita, seguramente sería yo fuerte. ¡Qué locura! ¡querer prescindir del anciano! Perdone usted; el dolor de mi debilidad me causa trastornos en el cerebro. Un esfuerzo más y me apoyaré en su criterio.

“Decidme, cuando la necesidad de pasar á la orilla opuesta de un río, que se retuerce, ruga y amenaza, obliga fatalmente á pisar antes un puentecillo anémico, carcomido y crujiente, que no soportará un peso relativamente pequeño, ¿qué se hace? He ahí el dilema. Si mi cuerpo precipita el rompimiento, el puente cederá y el río desdazará mis carnes al azotarme contra las piedras de los cármenes. No paso; el temor,—la adherencia á la vida, la cobardía, sí; eso se llama miedo—reírán de mí. ¿Qué hacer...? El río es la sociedad, el miedo mi conciencia. ¿Y la incomformidad con la propia conciencia, ¿no significa acción reprochable de presente, remordimiento de futuro? Sobradamente. Luego si no paso el puentecillo carcomido y crujiente, si no rompo con la sociedad y la desprecio, si huyo cobardemente, seré un canalla. Tal es mi duda y mi consulta. Me pesa enormemente, coarta mi libertad, embrutece mi cerebro, comunica vibraciones gigantescas á mis pobres nervios, ¡casi me ha hecho odiar á la pobre novia...! Por piedad, amigo mío, un camino, una puerta de escape, un agujero cualquiera donde nadie me mire, ni pueda escupirme con la saliva venenosa de la burla.

“Muy fácil me parece romper con la sociedad, si he de ser luego un baldado incurable. Más fácil romper con mi conciencia, si he de enlodar mi nombre. Para eso no consultaría á usted. Pero en una extremidad se levanta la Naturaleza humana, el pobre baldado que se cansa de sufrir y blasfema. En el otro, una basura que todos desprecian y... pisotean ¿lo oye usted? ¡Seré pisoteado! Francamente, amigo mío, no llevo sangre de mártir en las venas.

“Una suposición final y tendrá usted materia completa para el diagnóstico. Mañana me caso con esa novia vilipendiada: convertido así en Títán—porque necesitaré luchar con la sociedad—moriré de hambre, de vergüenza ó de consunción; ó bien, hostigado por la fiera, seré brutal, y despiadado, descargaré sobre mi mujer los golpes que yo reciba. Esto es cruel, demasiado cruel, es innoble, pero lo más seguro, y yo no puedo ser verdugo.

“Rompo el compromiso moral, el pacto sagrado, porque lo es; ella me quiere, acaso sufrirá y llorará y me abominará; mas nunca blasonará de engaños, ni surcirá maldiciones.

“¿Cuál de los dos caminos debo seguir? Eso es lo que pregunto. Deme usted el talento que no tengo, el criterio que huye de mi penumbra, la habilidad que me vuelve la espalda. Sobre todo, que haya mucha luz, argumentos á montones, razonamientos pasmosos, porque agoniza mi paciencia y no tengo valor para tolerar un remordimiento, ni aún pequeño. Apresúrese usted, mi buen amigo, que yo perezco rendido por la angustiosa lucha: mi convicción y mi amor propio”.

Había luego una firma, pero no debo revelarla.



ELIAS.

CHAPULTEPEC.

Hemos dado cuenta á nuestros lectores, de las distintas mejoras que se han llevado á cabo en el bosque de Chapultepec, desde hace algunos años, con el fin de hacer de este paraje, el más hermoso, sin duda, de los cercanos á la capital, un sitio de recreo en que se encuentren, sólidamente hermanadas, la obra de la naturaleza y la obra del arte.

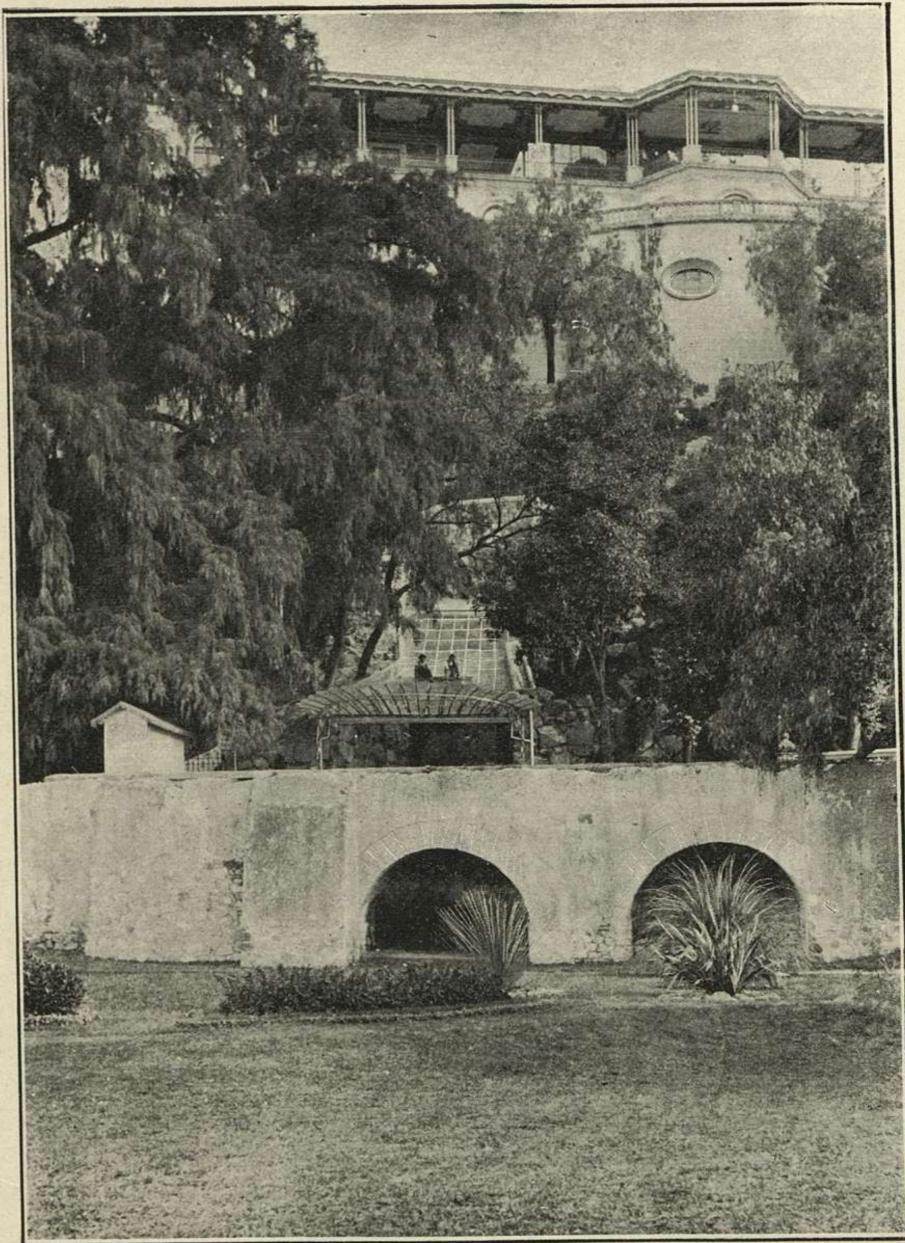
Los grabados que ofrecemos hoy, representan la boca de la gruta de Chapultepec, donde se encuentra instalado el elevador, y el proyecto que formó últimamente el artista Jesús F. Contreras, para la construcción de un pórtico y una terraza en ese pintoresco sitio del bosque.

En nuestro concepto, Contreras resolvió la parte relativa al pórtico á conciencia; pues se ve que tras un estudio muy detenido del lugar, se ajustó, en todo, á lo agreste y á lo accidentado del terreno.

Los tres arcos, restos del acueducto construido por los españoles, que se ven frente á la entrada de la gruta, se tuvieron en cuenta por el artista, y constituyen, sin perder su línea y su carácter general, la parte más interesante de la terraza. Sobre ellos se asientan unas columnas, de bonita forma.



Proyecto del pórtico en la boca de la gruta.



La entrada de la gruta, tal como está actualmente.

La balada del gusano.

Ayer que huí á ocultar, en el jardín silencioso, la voz de mis congajas, aprendí la historia que voy á contarte, si me escuchas; la supe por mis amigas las flores y soy el primer hombre que la conoce. Es la historia que cuentan las estrellas, desde lo alto del cielo, á las violetas y azahares que dejan su broche abierto á la frescura de la noche, cuando el ave, y hasta las auras, duermen silenciosas en la espesura.

Era una mañana del mes de las aves y las flores," cuando nació á la luz del sol, un gusanillo de brillantes matices y que llamó la atención curiosa de nardos, azucenas, rosas y jazmines, por la rara conducta que observaba, bien distinta á la de todos los gusanillos, pues no iba á reclinarse en los per-

fumados cálices para embriagarse con su aroma sutil, ni susurraba amorosas endechas á los menúfares de la fuente, y si estaba horas enteras, sin movimiento, acurrucado en alguna seca y alta rama. Es que el gusanillo había nacido sin ventura, es decir: era poeta!

Soñaba. En su diminuto cerebro de gusano, se había forjado un ideal, superior en belleza á todas las flores del pensil, y amaba ese ideal con toda la fuerza de su alma, y esperaba, sintiendo llevar en su seno, un algo muy grande y muy bello.

Hundióse el sol tras de la línea azul del horizonte, en medio de una roja hornaza de candentes nubes; perdieron éstas su color purpurino, y prendióse Vesper, como un brillante, en el manto de tul del crepúsculo. Poco después habían muerto las últimas luces de la tarde, esfumándose en una noche transparente y tranquila.

Una voz dulcísima se alzó de la alta rama donde el filósofo soñaba, soñaba siempre, y dijo: "Blanca estrella que pálida me miras desde el seno azul del firmamento, melancólica princesa que he entrevisto en la sonrosada bruma de mis ensueños, cándida virgen que presentía mi alma en sus delirios apasionados, perla de inmaculada albura, nota de mi enamorada lira, realidad de mi deseo, ilusión de mi delirio, luz de mis ojos, alma de mi alma, escúchame un momento: es un pobre gusano el que te habla, pero un gusano enamorado de tí, todo lleno de tu luz, y que vive de tu vida!" —Su voz se hizo tan suave como un suspiro de amor.—"Oyeme, virgencita mía, yo te amo... tú eres luz en mis ojos, latido en mi corazón, en mi cerebro idea, amor en mi alma! ¡Tu luz me envuelve en no sé qué ideal blancura! Soy un gusano, más, si tú lo quieres, tendré alas para acercarme á tí: ¿oyes mis quejas? ¿llega á tí el eco de mis suspiros?..."

...Contenían las flores su perfume, deteníase la brisa entre las quietas hojas, el agua de la fuente corría silenciosa, para no interrumpir aquel salmo de amor y poesía....

Otra voz, leve y acariciadora como el "sí" de una alma enamorada, contestó desde la tersa bóveda del cielo: "dulce poeta que tu amor me envías, cual tierna emanación del sentimiento, llega tu amor al fondo de mi ser, y lo conmueve en todas sus fibras; llega tu voz á mí, como la plegaria al trono del creador; tu ternura, como el incienso al altar, donde se venera sagrada imagen; yo te amo también: si hoy eres gusano, yo sé que guardas en tu seno el germen de policroma mariposa, que, mañana, hará brillar al sol, el dorado polvo de sus alas. ¡Canta, ámame siempre y espera!..."

Tornó á hablar el gusanillo, y la estrella á contestarle, hasta que, con el primer rayo de la aurora, desvaneciése la bella en el domo celeste.

Muchas noches pasó el gusano en amorosas y tiernas pláticas con la enamorada estrella, hasta que un día quedó sumido en profundo letargo, entre los secos brazos de una hoja marchita. Llegó la noche, y la estrella derramó muy tristes lágrimas, al no oír respuesta á sus amantes querellas.

Seis noches pasaron, y al brillar la aurora séptima, sintió la crisálida la vivificante caricia de un rayo de sol, que la hizo estremecerse; rasgóse la vestidura que la envolvía, y una linda mariposa, de multicolores y sedosas alas, revoloteaba un momento ante los asombrados habitantes del jardín, y volando, volando, se perdió en la infinita extensión del espacio.

Esa noche, junto á la estrella, muy junto, casi confundida entre sus rayos, brilló otra con encantadora luz. Desde entonces viven juntas en el cielo.

—¿En qué lugar?—pregunté á la estrella que me lo contaba.

—Ahí,—me contestó,—en un adorable rinconcito de la inmensidad azul, los astrónomos dicen que son dos hermanas que ellos llaman Cástor y Pólux; otros dicen que son los ojos de una santa: Lucía; pero nosotras bien sabemos que son el gusano y su ideal.

Esta es la historia que aprendí y que hoy te cuento, si me escuchas; es la historia que cuentan las estrellas, desde el seno azul del cielo, á las violetas y azahares que dejan su broche abierto á la frescura de la noche, cuando el ave y hasta las auras duermen silenciosas en la espesura.

Guillermo Eduardo Symonds.

MADRIGAL.



¡Qué plácida eres, Alma! Tu vida es como la poluta faceta de un diamante, y también es un diamante tu alma, Alma...

Cuando me asomo á la incolora profundidad de tu alma, siento un deslumbramiento que me ciega, y sobre mi frente, como una mariposa lustral, se posa la memoria de días muy lejanos, transparentes como tu alma, puros como tu alma, plácidos como tu alma.

La incolora profundidad de tu alma, me atrae con atracción irresistible, y la mariposa lustral de los recuerdos santos aletea sobre mi frente, con aleteos desesperados, suplicantes, tristes como las sonrisas postrimeras, blancos y tristes como, á la orilla del mar, que se aleja, los pañuelos aleteantes que quisieran ser gaviotas...

Y en tu transparencia infinita busco, con obstinación infinita, un aleteo, un estremecimiento, una imperceptible ondulación de onda, un efímero rumor de fronda, una diáfana sombra de pecado, una diminuta chispa de deseo...

¡Y nada veo, Alma: que tu alma es un diamante y tu vida es tersa é inalterable como la poluta faceta de un diamante!

Háblame, Alma, con tu voz armoniosa; dime el divino cuento del divino Jesús de la túnica blanca, de la blanca palabra y del blanco amor. Que tu voz armoniosa arrulle y detenga á la mariposa de los blancos recuerdos, que quiere irse. No la dejes volar; díla que se quede, que no se aleje, que la amo con todo mi amor y que mis manos pecadoras no profanarán ni un polvillo de sus alas! Cuando ella aletea sobre mi frente, siento una inmensa alegría; como una lluvia de pétalos de rosas roza mi alma y la despoja de la ruda corteza de mi experiencia. Vuelvo á mis ignorancias y reborno á mis anhelos. Soy feliz, porque cuando la tristeza es inefablemente triste, es una gran alegría.

Alma, detén á la mariposa de las infantiles remembranzas; sé piadosa y que tu voz armoniosa diga el divino cuento del divino Jesús de la blanca túnica

No lo has querido y la mariposa ha volado. Vuelvo á la ciencia del Bien y del Mal, y voy á enseñártela, Alma, voy á enseñártela cruelmente y dulcemente, untada á una poma paradisiaca. Voy á hablarte del Amor y de la Vida, del amor que quema y de la vida que agosta. Asomado á la incolora profundidad de tu alma, voy á darte una ondulación de onda y un rumor de fronda...

¡Ves, Alma...? En la incolora profundidad de tu alma, he visto palpar una gota de sangre, como un rubí. Soy omnipotente, porque he enturbiado la transparencia de tu alma, que era un diamante, y he turbado la placidez inalterable de tu vida, que era tersa como la poluta faceta de un diamante.

¡Te has ruborizado, Alma!

Oscar Hers.

La Señorita Lorenza Braniff.

Después de haber pasado tres años educándose en un colegio de Inglaterra, acaba de volver al seno de su distinguida familia, la señorita Lorenza Braniff.

Las numerosas relaciones que en México tiene la familia Braniff, han recibido con muestras de singular estimación á la señorita Lorenza, y se anuncia para muy pronto su presentación en sociedad.

Tenemos el gusto de engalanar esta página con el retrato de la nueva joya con que de hoy en más contará el círculo social más distinguido de México.



LAS ÚLTIMAS FLORES.

Escultura de G. van der Straeten.

UN BRINDIS FRUSTRADO.

Toast de Rubén Darío.

Los literatos hispano-americanos que estaban en París, cuando el señor Don Justo Sierra residía en la capital francesa, prepararon un banquete de despedida, en honor del insigne maestro de la juventud mexicana, al saber que el autor de "El beato Calasanz" había sido llamado por su gobierno para ocupar un puesto público.

La fiesta no pudo verificarse, porque el señor Sierra se vió obligado á partir con una inesperada violencia.

Rubén Darío, designado de antemano por sus compañeros en letras, escribió para ese banquete, el soneto que ahora nos envía, y que con gusto publicamos.

Toast

Ser feliz campeón de los ilustres juegos
En que son semidioses y poetas hermanos,
Ver en sueño temblar la gran lira en las manos
Del viejo rey de musas, príncipe de los ciegos.
Bender su antorcha humosa con los avinos fuegos
Y mantener en nuestros bosques americanos
Al far que la frescura de los mirros romanos
El verdor armonioso de los laureles griegos,
Y alma tan transparente y sonora que admira
Por el puro cristal en que su esencia encierra
Y en que como el oriente de una perla se mira
Honrar al continente y maltear su tierra
Y todo ante la gracia celeste de la lira;
¡Son los más graves cargos contra D. Justo Sierra!

Rubén Darío

París.
901

Mis Reliquias

En lo más escondido del alma,
En aquel inviolable santuario,
Que jamás de sus puertas, ha visto
El dintel, traspasar al profano..

En aquel religioso y seguro
Asilo callado;
Arca santa que va con nosotros
A través de este valle de llanto.

En el templo, donde otros adoran
A su Dios ó á sus ídolos vanos,
Y mantienen la luz encendida
Del recuerdo, como un lampadario.

Sólo tengo las aras vacías,
Que, en furioso tropel, profanaron
Decepciones amargas y dudas,
Cual sacrílegas hordas de vándalos.

En los muros las dulces madonas
Arrancadas se ven de sus marcos,
Y las rudas ortigas encubren
De la estatua los trozos de mármol.

Al tender mi esperanza su vuelo,
Entre nubes de incienso azulado,
Las esquilas de plata y el órgano,
En la torre y la nave, callaron.

En la noche glacial agonizan
De mi fe vacilante los rayos,
Y los últimos lamen apenas
Un sepulcro, entre ruinas, intacto.

Cuán pequeña esa tumba, ¡Dios mío!
En que duerme ese ser adorado,
Que pusiste, no sé si piadoso
O cruel, un instante en mis brazos.

Un instante no más, y la muerte
Lo tocó con sus gélidas manos
Y cerró, compasiva ó cruenta,
A la luz de este mundo sus párpados.

Cuán pequeña esa tumba, ¡Dios mío!
¿Cómo puede caber en espacio
Tan angosto, tan breve lo mucho
Que en él he guardado?

Mis errores, mis faltas, las faltas
Cuyo solo recuerdo es amargo
Torcedor de mi vida, mis culpas,
Mis delitos aún no compurgados.

Y lo bueno también, mis valientes
Propósitos sanos;
El orgullo de ser de una vida
La razón y á la vez el amparo.

La ventura y el goce supremo
De mirarla crecer á mi lado,
Apoyándose en mí, cual la yedra
En el tronco robusto del árbol.

Mis anhelos de ser su celoso,
Vigilante guardián; el esclavo
Que tendido á su puerta, vedara
Al dolor y los males el paso.

Todo eso que forma el poema
Del amor más inmenso y más santo,
Todo eso contiene la tumba,
Todo eso que fué mi pasado.

Otros tienen del alma en el templo
Prodigiosos altares de mármol,
Do veneran sus santas imágenes,
O dan culto á sus ídolos vanos.

De mi pecho doliente, en el triste
Ruinoso santuario,
Un sepulcro y en él un cadáver,
Son las solas reliquias que guardo!

Rafael de Alba.

PAISAJE DE VERANO.

Polvo y moscas. Atmósfera plomiza
Donde retumba el tabletear del trueno
Y, como cisnes entré inmundo cieno,
Nubes blancas en cielo de ceniza.
El mar sus ondas glaucas paraliza
Y el relámpago, encima de su seno,
Del horizonte en el confín sereno
Traza su rauda exhalación rojiza.
El árbol soñoliento cabecea,
Honda calma se cierne largo instante,
Hienden el aire rápidas gaviotas,
El rayo en el espacio centellea
Y sobre el dorso de la tierra humeante
Baja la lluvia en crepitantes gotas.

Julián del Casal.

A UN ARBOL.

¡Oh árbol que eres arpa en la que entona
Al sacudir el viento tu enramada,
¡Himnos, cuando fulgura la alborada,
Susurros, cuando el sol nos abandona!

Que con acentos de pavor pregona
De la rauda tormenta la llegada,
Y después, cuando ruge desatada
Tus neoróticas ramas convulsiona

Antes que el hombre con mezquino intento
A los golpes del hacha, tu ramaje,
Haga venir á tierra sin aliento,
¡Que te sacuda el huracán salvaje
Y así cantando del furor del viento
La epopeya, ¡tu tronco se desgaje!

José M. Ochoa.

UNA ESPADA DE HONOR.

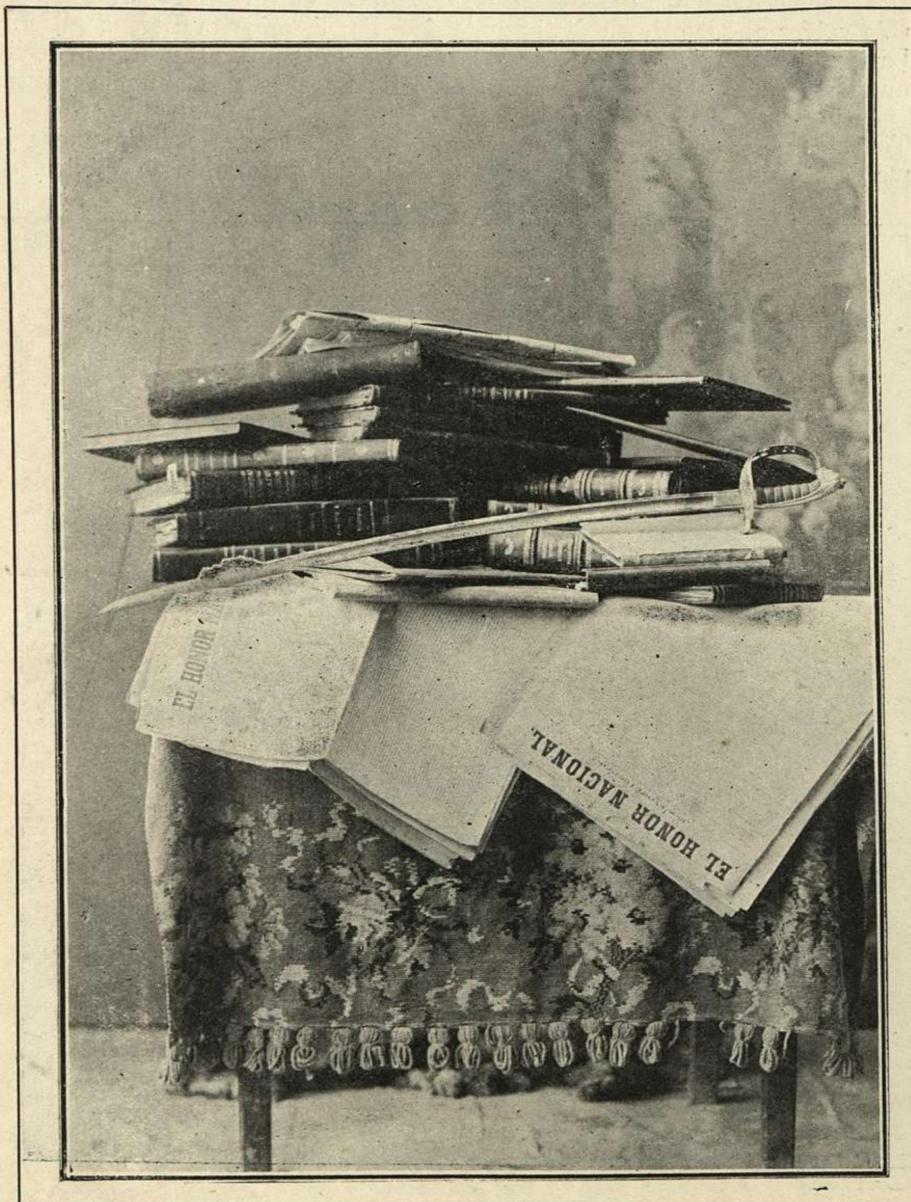
En el mes de Junio de 1880, se emprendió una campaña en contra de los indios mayas, rebeldes á la obediencia al Gobierno general.

Con este motivo, el señor General Meijueiro, Gobernador entonces del Estado de Oaxaca, regaló á la "Sociedad Patriótica Yucateca", una espada para que se obsequiase al Jefe que concurriera á la campaña, logrando éxito en la empresa.

La espada quedó en poder del señor Presidente de la Sociedad, depositada en la Secretaría de la misma, desde el tiempo á que nos hemos referido hasta la fecha, en que se ha resuelto que el donativo se haga al señor General Don Ignacio A. Bravo, quien, como se sabe, concurre á las operaciones militares llevadas á cabo con éxito, en Yucatán, desempeñando el cargo de General en Jefe de las fuerzas federales, pacificadoras de los mayas.

El puño de la espada es de plata, artísticamente labrada, y representa una cabeza de león sujetando con la boca, la parte restante de la guarnición. En el lado derecho de la espada, se lee lo que sigue: "Francisco Meijueiro, á la "Sociedad Patriótica Yucateca." En el lado izquierdo, se lee: "Manufactura del Estado.—1880.—Heroica Ejjutla.—Aragón."

Damos á los lectores de este semanario, el grabado que anunció hace pocos días uno de nuestros diarios.





REDENCION.

Alma mía: De la charca pestilente
ascendiste lentamente
por la cruz de tu calvario;
Se clavarón las espinas en el mármol de tu frente
y teñiste con tu sangre los crespones del sudario.

Todavía, de la cruz están colgadas,
casi en ruinas, desgajadas,
las odiosas escaleras;
Como inmóviles testigos en tus culpas vindicadas,
como cómplices verdugos de tus ansias postrimeras.

Tu agonía, con su bárbaro martirio,
fué un acorde del delirio
que desgranaban los dolores:
fué la luz intensa y viva que al morir exhala el
(cirio,

fué el incendio que en Ocaso desparrama sus ful-
(gores.

Alumbraste con tus rayos ignicentes
los oleajas pestilentes
que remueven el pantano,
y en profundas convulsiones, y con ímpetus vehe-
(mentes
Se agitaron en su seno los rencores de lo insano.

No los temas! Sube, sube, por la atmósfera
(serena
Tú eres pura y eres buena!
De tu sér el miedo arranca,
Y siguiendo tu camino, vé á inundarte en la luz
(plena
De la luna que fulgura como tú, tranquila y
(blanca!

José F. Elizondo.

EL BESO.

Murió Hephshibah.—Toda la vida de Benoní se
concentró, llevada por el dolor, en un sólo pen-
samiento: Hephshibah está muerta.

El cadáver fué puesto en su ataúd y éste, sobre
dos columnas negras, á un lado del lecho mortuo-
rio, arreglado con la ropa usual, quedó aislado,
tendido, lúgubre. Junto á él, Benoní lo contem-
plaba absorto, con sus ojos apagados en el rostro
como ¡de cadáver: le parecía largo, largo y som-
brío el ataúd, como una gran nave negra sin más-
tiles, llena con un cuerpo sin vida y un alma densa
y de sombra, un alma condensación de sombras,
flotando inmóvilmente en un mar de flores vio-
ladas.

A cada lado de la muerta, ardía reposadamente
un cirio y en la pared opuesta al tálamo había
un espejo, el que reflejó los movimientos suaves
y armoniosos de Hephshibah. El féretro se retrata-
ba ahí con los cirios que llenaban de luz el resto
del espejo, luz fluída que rodeaba la mancha negra,
larga del ataúd.

Ni una voz, ni un rumor en la alcoba,—sólo la
luz lenta y débil de los cirios ofrendatorios que
apenas iluminaban los muebles dispersos en su si-
tío de costumbre, v. sobre sillas y en el suelo, co-
ronas de obscura floración con un bucle de flores
claras, coronas y cruces, por todas partes.

Ni una voz, ni un rumor. sólo el movimiento
ondulante y lento de las sombras inquietas, al os-
cilar alguna vez las llamas trístimas.

Benoní, á solas con la muerta,—descansando una
pesadumbre que le agobiaba los hombros, silen-
cioso, laxo y enérgico á la vez, inmóvil y con toda
la fuerza interior activa, olvidado el cuerpo, todo
menos la sensación abrumante, menos "ella", que

era continuamente presentada en el pensamiento
único: Está muerta.

Benoní miró el lecho y recordó á Hephshibah vi-
va, amante, voluptuosa, y la miró pasar frente á
él, en otro tiempo, sin mirarlo, se dirigía al espejo
y arreglaba con lenta soltura los cabellos desor-
denados en la noche, echando atrás la cabeza, mi-
rando la imagen á Benoní con su mirada serena
de amor y de consuelo. Y después, un horrible
sollozo mudo: ¡Está muerta!

Miró la caja: "Ahí el cuerpo de Hephshibah, de
Hephshibah muerta, dormida en el sueño de la car-
ne: el rostro, el cuerpo, los brazos, las manos que
acarician, los ojos que fascinan, los labios que be-
san, que hablan!—en el reposo eterno, ¡el definiti-
vo! Definitivo... Está muerta.

La noche pasaba despacio, acompasada su len-
titud por los golpes del péndulo de un reloj que
en la pieza próxima vivía su muerta vida insen-
sible... La paz estaba en la noche, y el silencio:
—no turbado por el tic-tac del reloj, aislado y
distinto entre el silencio no turbado en la paz de
la noche.

Uno que otro pasante dejaba oír el ruido de su
marcha por la calle y aquel ruido tampoco rom-
pía el silencio, porque los ruidos eran acompasa-
dos y la alcoba en que dormía Hephshibah y Benoní
velaba, no tenía un ruido, dormida con la muerte
ó en silenciosa vigilia con el vivo, pero estaba en
silencio.

Solo cuando chasqueaba un cirio, Benoní se es-
tremecía, volvían á sufrir apaciblemente las ceras
que se consumían junto al ataúd y el sueño seguía,
seguían la noche y el silencio reinando.

Benoní lloraba, pero su llanto no lo torturaba
ni lo sacudía, ni lo desesperaba, era un llanto tris-
te y desolado que se deslizaba sin ruido, por las
mejillas y caía sin ruido sobre las flores. Benoní
no sentía su llanto, pensaba en Hephshibah. Pen-

saba en todo lo ido, todo lo acabado, y derrepente
sollozó: Hephshibah, Hephshibah!—como un llama-
miento.

Un crujido de la caja sobresaltó á Benoní, sin
miedo y le hizo mirar una serie de imagenes al
principio puramente intelectuales.

La tapa del ataúd se levanta pausadamente, sin
rechinar: Hephshibah está en él, envuelta en el su-
dario, hundida la piel del rostro pálido, cerrados
los ojos que se abren mirando á Benoní, llenos de
amor y de caricias. Se incorpora el cadáver reví-
vido, y sin esfuerzo sale de la caja.

Miró Benoní al espejo y la fuerza de su pen-
samiento le hizo ver vacía la luz disuelta en el
cristal, vacía del horrible féretro. Se estremeció
aterrado y volvió la vista: la caja se tendía sobre
las columnas, entre los cirios, pero á un lado estaba
"ella". Hephshibah, de pie, blanca, pálida, envuelto
el cuerpo en el sudario, abiertos los ojos dulces
que miraban á Benoní, deshecho el peinado como
en las horas de amor!

Un frío rápido ascendió de los pies hasta el
cabello de Benoní y sintió como si las manos de
nieve, de la muerte, le recorrieran hacia arriba la
cabeza, erizando el pelo y helando las raíces.
Hephshibah estaba inmóvil, serena y amorosa, lo
miraba con sus ojos fijos...

Ante la triste noche pasada, Benoní había ad-
quirido toda la tranquilidad, espantosa de dolor,
de su convicción desesperada: ¡Está muerta!...
¡está muerta!

Y al verla, de pie, viva, macabra, loca de terror,
se levantó de su asiento y palpitándole el corazón
sonoro, con un vértigo en el alma y rígidos los
nervios, dió un paso hacia la aparecida, Hephshibah
avanzó y la vió él frente á frente, al alcance de su
boca, pálida, con la asquerosa sonrisa de la muer-
te, entre los labios lívidos y los ojos llenos de in-
finito amor!

Adelantó el rostro la visión, ofreciendo y deman-
do un beso, vió Benoní próximos los labios son-
rientes y apartando el rostro, extendió los brazos.
Sintió el contacto de sus dedos con el blando cuer-
po de Hephshibah y cómo ese cuerpo huía del em-
puje de las manos, cavendo hacia atrás.

El golpe de algo desplomado sobre el suelo,
sacudió á Benoní y lo levantó de su asiento. Pá-
lido, con una máscara de locura, quedó contem-
plando el féretro.

La alcoba estaba muda, flotaba en ella la aglo-
meración de todas las horas pasadas, los cirios ar-
dían siniestramente por lo grande del pábilo y el
olor de las flores, era un olor malsano...

Tomó Benoní unas tijeras y despabiló los cirios.
Al hacerlo quedó próximo, muy próximo al cajón,
tocándolo casi. Un raudal de lágrimas se desbor-
dó de sus ojos y un jadeo de gemidos quebró el
silencio de la noche; brotaban con tanta fuerza,
con tal dolor, que Benoní se sintió desfallecer.

Tendió un brazo sobre la caja, para no caer y
quedó mucho tiempo abrazando á la muerta, bajo
su cubierta funeraria, apoyó la cabeza sobre la
tapa y regó de llanto el féretro sombrío.

Se incorporó, gemía, dió vuelta á la llave, le-
vantó la tapa, miró la cara descompuesta y se
inclinó á besar los labios de Hephshibah, los labios
mudos.

Los besó largamente y, como viva le dió en ellos
su alma vivificadora, va muerta le entregó su al-
ma de tinieblas y Benoní cayó fulminado por
una bocanada fétida que lo arrojó al suelo.

Cayó Benoní derribando un cirio, que se apagó
en el aire.

La caja quedó abierta. Hephshibah dormía en
ella, con los ojos cerrados tiernamente y entreabier-
ta la boca, en una sonrisa de felicidad. A un
lado, en el suelo, sobre las flores aplastadas, Be-
noní, muerto, tenía los ojos abiertos en una visión
deliciosa y cerrados los labios para que no escapara
algo.

El único cirio ardía apaciblemente con su luz
sin brillo, de amarilla claridad enferma,—la al-
coba estaba abrumada de silencio y en la noche
reinaban la paz de los descansos y la muda desola-
ción de los desiertos...

R. Gómez.

Mayo 4 de 1901.





UN INVENTOR.

Cuadro de Guetin.

RECETAS ÚTILES.

Para aflojar taponos de vidrio.

Hay varios modos de aflojar los taponos de las botellas. Uno es colocar la botella en agua caliente, otro, echar un poco de aceite con una pluma, entre el tapón y la botella y colocar ésta cerca del fuego. Después de un rato désele al tapón suavemente con un pedazo de madera, por todos lados, y si no se muve repítase el proceso.

Contra los sudores de las manos.

Los sudores de las manos son molestos sobre todo para las costureras ó para las personas que para distraer sus ocios se entretienen en esas delicadas labores que en una casa bien administrada demuestran la presencia de una mujer amante de su hogar.

Por otra parte, estas manos hacen gran consumo de guantes, de lo cual se reciente no poco el presupuesto doméstico y hasta la misma salud.

Para tener las manos secas, finas y suaves basta friccionarlas con la siguiente mezcla:

Agua de lavanda, 1 gramo; Tintura de beladona, 20 gramos; Alcohol de romero, 100 gramos.

Conviene también lavarse por mañana y noche con un jabón á base de tanino ó de ácido salicílico.

Además de estos cuidados, las personas muy propensas á los sudores de manos deberán tener la precaución,



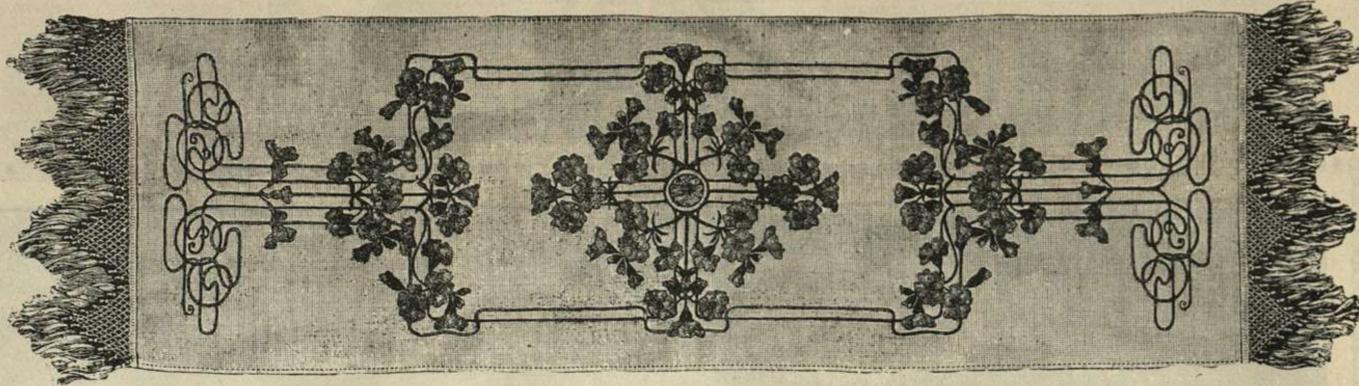
Modelo para matinée.

antes de ir á una reunión, á una fiesta, á un baile ó al teatro, de lavarse bien con la siguiente loción:

Alumbre, 10 gramos; Agua de rosas, 100 gramos; Agua destilada, 900 gramos.



Modelo de tirantes para niños.



Psillo de mesa

La curación será rápida, aunque poco duradera, inconveniente que se remedia volviendo á comenzar el tratamiento.



Traicito con bordado, para bebé.

ALBUM.

Hay una flor que descuella en medio de la espesura; como tu aliento tan pura como tu rostro tan bella.

Esa flor en este suelo es la flor de más primores.



Sombrero para campo.

Tal vez sólo hay de esas flores en los verjeles del cielo!

Quando de la noche salva y bella la luz asoma; vaga su virgen aroma en las sonrisas del alba.

Si la veo me emoleasa, y en aliento que allí retoza, cuando me acerco solloza, cuando me alejo la besa.

Y parece que su encanto acariciara travieso con las ternuras de un beso y los arrullos de un canto.

Romántica linfa fragua á su lado dulce queja, y su hermosura refleja el terso cristal del agua.

Y como al celeste velo la linfa también retrata, la flor, entre ondas de plata, parece besar al cielo.

Y allí en medio de las frondas bullen, cantando sus galas, la brisa al batir sus alas y el agua al mover sus ondas.

Desde que culto rendí á tu hermosura y candor, al verte pienso en la flor y al ver á la flor en tí.

Y es que aquella flor semeja tus encantos virginales, como en sus tersos cristales la linfa á la flor refleja.

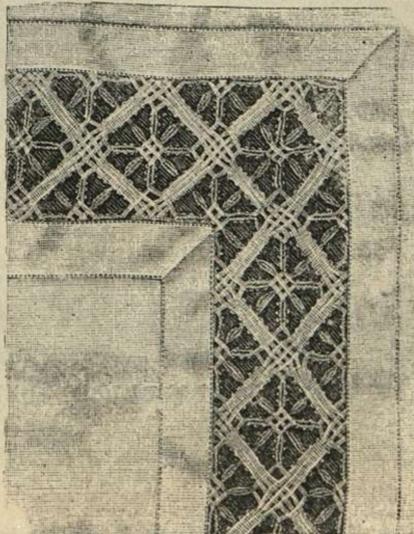
Como esa flor tú descuellas, y hermosean tus auroras tus gracias tan seductoras y tus virtudes tan bellas.

RENATO MORALES.

ARTE CULINARIO.

Guisado de pato

Se pelan y destripan uos patos y después dé bien lavados y quitada la rabadilla, se echan en una olla con agua y paja y ya que dieron unos hervores, se quitan de la lumbre, se les dá una ó dos lavadas en agua caliente, después se parten en cuartos, se echa manteca en una cazuela y allí se echan los patos con unas rebanadas de jamón y bastante cebolla picada y ajo y se deja freír todo bien. Después se les echa agua y un poco de perejil picado, tomillo y orégano y se muele clavo, canela y pimienta con unas rebanadas de pan frito. Se adorna el platón con chiles, alcaparras y aceitunas.

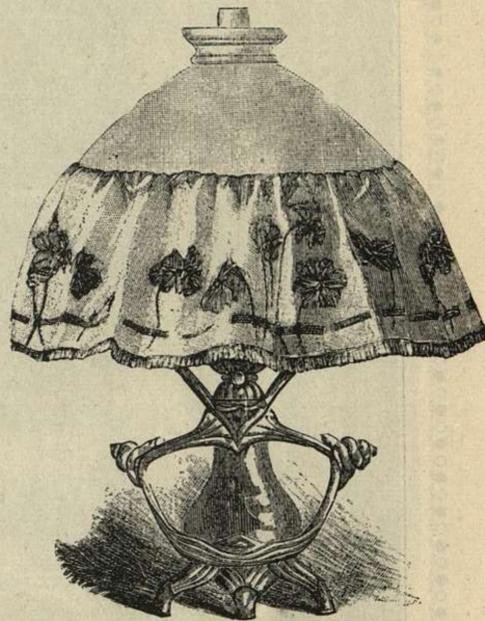


Deshilado para servilleta.

Crema de vino.

Se baten ocho ó diez yemas de huevos con suficiente azúcar en polvo, y al batido se le va echando poco á poco, y sin dejar de menearlo una botella de buen vino de Málaga, según agrade, azucarado y aromático: se cuece todo sin dejar de menearlo, hasta que la crema esté perfectamente ligada.

Las cremas se pueden hacer del olor ó sabor que se quiera, con sólo echar unas gotas de la esencia aromática que más guste.



Veladora artística

Orizaba, Junio 26 de 1901.

Sr. D. Donato Chapeaurouge, Director General de "La Mutua."—México.

Muy Señor mio:—Acuso á Ud. recibo de la Póliza Dotal número... 1.054,731, que por conducto de su Agente General en la Sucursal de Puebla, solicité por la cantidad de 10,000 libras esterlinas (más de \$100,000 plata mexicana), y cuya póliza ha tenido á bien extender á mi favor la Compañade "La Mutua," de Nueva York, que usted tan dignamente representa, y la he revisado y encontrado de entera conformidad como debía ser, siendo emitida por una Compañía tan conocida y renombrada como "La Mutua."

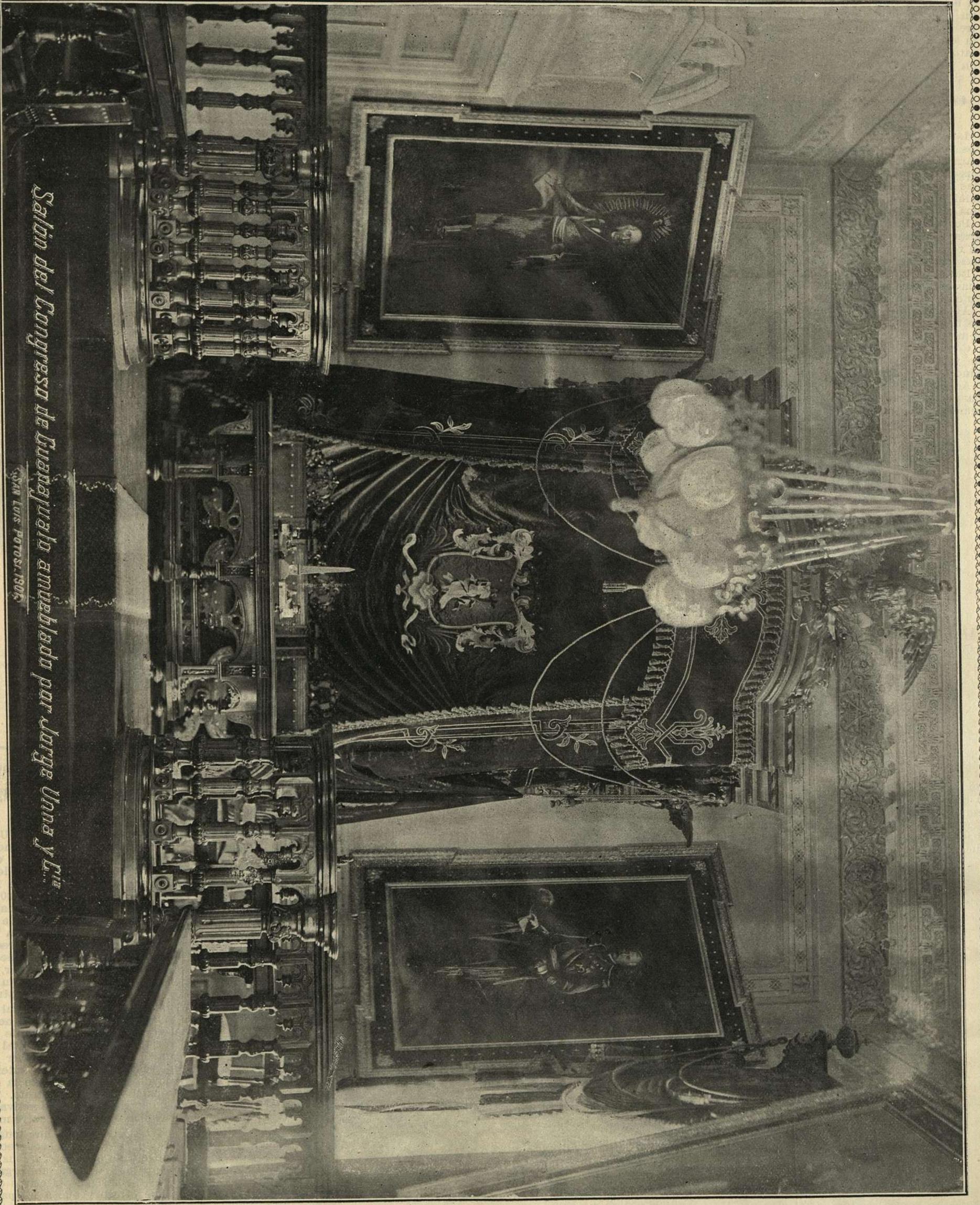
Al solicitar este seguro, mi idea fué invertir mi dinero en un negocio bueno, teniendo la seguridad de sacar con el tiempo, si vivo, un capital regular con el solo hecho de haber pagado interés, y si muriera antes del periodo de distribución ó de la fecha del vencimiento del contrato, dejar fondos disponibles con que activar mis negocios que tengo ahora entre manos.

Eligí "La Mutua," por que tengo conocimiento de los inmensos recursos con que cuenta para cubrir sus obligaciones, sus métodos de organización y los planes tan atractivos de seguros que ofrece y que á mi parecer son tan justos y buenos, que no admiten competencia.

Este seguro lo he tomado por lo pronto; pero con la determinación de aumentarlo dentro de poco y tan pronto como mis demás negocios me lo permitan, pues creo haber hecho la operación más segura de mi vida, al tomar esta póliza con "La Mutua."

A. KINNELL.

REPTAS UTLAS



Salón del Congreso de Buenajubia amueblado por Jorge Uña y Cia

SAN LUIS POTOSI, 1901